



*Como decía
mi abuela*

863

C735c Agüero Sandí, Lorena

Como decía mi abuela / Lorena Agüero Sandí, Freddy Alvarado Elizondo, Ana Mercedes Angulo Roldán y otros doce; diseño e ilustraciones Diana Castro Brenes. [San José, Costa Rica] : Municipalidad de Escazú, 2021.

90 páginas., ilustraciones a color.

1. LITERATURA COSTARRICENSE - CUENTOS.
I. Alvarado Elizondo, Freddy. II. Angulo Roldán, Ana Mercedes. III. Castro Brenes, Diana. IV. Título

Como decía mi abuela



Municipalidad de Escazú

Revisión del equipo de la Gerencia de Gestión Económica Social

Freddy Montero Mora - *Gerente*

Daniela Segura Castillo - *Jefatura, Desarrollo Cultural*

María Laura Sáenz Ulate - *Desarrollo Cultural*

Autoría de los cuentos

Lorena Agüero Sandí

Freddy Alvarado Elizondo

Ana Mercedes Angulo Roldán

Ana Lucrecia Araya Fallas

Yessica Arce Montoya

Andrea María Arroyo Hidalgo

Laura Patricia Azofeifa Rojas

Kattia Clinton Hidalgo

Daniel Eduardo Delgado Solano

María del Rocío Hernández Segura

Katherine Masís Agüero

Jenny Mena López

Natalia Monge Zúñiga

Silvia Vanessa Umaña Vargas

Heidy Michelle Vargas León

Equipo de trabajo

Bocaracá Gestión Sociocultural

Marialina Villegas Zúñiga Hawi Castañeda Willca Guillermo Fernández Cavada

Diseño, diagramación e ilustraciones

Diana Castro Brenes

Contenido

- 6** **Presentación**
- 7** **Introducción**
- 8** **Bajo esta forma.** Ana Lucrecia Araya Fallas
- 12** **Abuelita, guardiana de los tesoros más valiosos del corazón.** Kattia Clinton Hidalgo
- 18** **Güelita.** Ana Mercedes Angulo Roldán
- 22** **La raíz de la amapola.** Natalia Monge Zúñiga
- 28** **Tuti.** Lorena Agüero Sandí
- 32** **Peregrina.** Laura Patricia Azofeifa Rojas
- 38** **Mi abuela Isabel.** Andrea María Arroyo Hidalgo
- 46** **De cómo mi abuela encontró a los duendes.**
Freddy Alvarado Elizondo
- 52** **Mireya en su barrio campesino.**
María del Rocío Hernández Segura
- 58** **Angelita.** Yessica Arce Montoya
- 64** **A mi tía abuela, Elvia Fernández: Tía.**
Katherine Masís Agüero
- 68** **Remembranzas en una tarde de verano.**
Silvia Vanessa Umaña Vargas
- 74** **Un encuentro con Braulia López.** Jenny Mena López
- 80** **Cuando Aya vio un duende.**
Daniel Eduardo Delgado Solano
- 86** **Tertulia con chocolate caliente.**
Heidy Michelle Vargas León

Presentación

Con el propósito de recopilar historias significativas de mujeres adultas mayores del cantón y estimular el placer por la escritura y lectura, la Municipalidad de Escazú decidió implementar una serie de talleres de creación literaria.

Producto de esta convocatoria se trabajó en un proceso de creación de 15 cuentos inspirados en mujeres escazuceñas que marcaron la vida de las personas participantes de estos talleres.

Es así como, además de trabajar en la expresión de sentimientos y mejorar en la capacidad de comunicación por escrito, las personas participantes reflexionaron sobre las vivencias y el importante papel que estas mujeres desempeñaron en sus vidas, dejando plasmado en estos cuentos anécdotas, lecciones de vida, tradiciones, historias transmitidas de manera oral y el mágico mundo que encierra las vivencias de las mujeres del cantón de Escazú.

La escritura a su vez cumple una función social, ya que, si bien el proceso en sí es un acto que se realiza en solitario, la acción de comunicar estas historias permite el acercamiento, el intercambio de saberes y la valoración de los hechos de la vida.

Con esta publicación le invitamos a inspirarse y plasmar las historias de aquellas mujeres que también han dejado huella en su vida.

Escazú, 2021.



Arnoldo Barahona Cortés
Alcalde Municipal



Karol Matamoros Corrales
Vicealcaldesa Municipal

Introducción

La presente publicación tiene como propósito reunir 15 cuentos inspirados en mujeres adultas mayores del cantón de Escazú.

Para la selección de las historias, la Municipalidad realizó una convocatoria abierta donde las personas interesadas enviaron un pequeño fragmento del relato con el que deseaban participar.

De esta manera se seleccionaron 15 historias que fueron desarrolladas durante los talleres de creación literaria hasta culminar con los cuentos que conforman esta publicación.

En el libro podrá encontrar cuentos fantásticos, aquellos que detallan la ruralidad escazuceña, así como las anécdotas de madres, esposas, amigas, abuelas y confidentes.

A través del tiempo, las mujeres han vivido de maneras diversas en las más distintas circunstancias. Este es un esfuerzo por rescatar estas vivencias, así como resaltar la invaluable participación femenina en el cuidado de la vida y en la construcción del cantón de Escazú.

Bajo esta forma

Ana Lucrecia Araya Fallas

Debo confesar que lo que aquí escribo es prácticamente increíble, pero me sucedió.

El pasado octubre, en mi casa, estaba yo en mis muchas labores y enredos; ya era tarde y aprovechaba la calma que viene con la noche, sin sospechar lo que traían las montañas de Escazú. El cielo estaba espeso, opaco, en una completa oscuridad, y estaba frío como es habitual en las calles empinadas hacia Bebedero. Sin siquiera pensarlo empezó el ruidoso gemido del viento que simulaba un coro de monasterio y en segundos mi atrapasueños estaba fuera de control junto con las campanillas de viento que tengo en el jardín. El alambrado eléctrico y las pocas luces se aferraban fuerte para no volar. De repente, escuché un golpeteo en mi ventana y ahí estaban una especie de dedos largos y finos hechos de bambú. Me llamaban insistentemente y me señalaban justo detrás de mí.

Era la escena tan surrealista que posé mi mirada hacia la esquina del cuarto; no podía creerlo, pero había una niña sentada justo ahí. Ella no se movía y me miraba con timidez mientras yo estaba absorta, ¡así de simple y sencillo! Un temblor interno y una falta de aire es todo lo que podía sentir. Quise levantarme, pero los brazos de la silla me abrazaron fuertemente y sin más remedio me resigné a su compañía.

Se incorporó y me sonrió sin maldad. Tenía el pelo corto y lacio, tez morena, vestía un ropaje blanco y una falda corta. Este misterioso personaje ocultaba algo en su mano derecha y sin poder descifrar qué era, me decidí a prestarle atención. La pequeña inició con una danza infantil y graciosa que logró que recobrar el aliento, me pareció que bailaba una especie de conga; se reía apenada y sin una sola palabra me pidió que la siguiera al jardín.



Mientras caminaba con completa desconfianza de la situación, miré, por el pasillo largo que comunica las habitaciones de mi casa, un pasacalle que avanzaba en cámara lenta. Eran muchas personas, había caras que no conocía, múltiples colores, vestidos floreados, tambores y pies descalzos. Todas lucían alegres, pero no quería perder de vista a la niña que me esperaba en la puerta de la casa y la alcancé. Salimos juntas y mi jardín se convirtió en el parque de San Rafael de Escazú, por ahí de los años treinta. Estábamos en el famoso “Baile de las Melcochas” o “Melcochas Danzantes” y una fragancia de trapiche se apoderó de la escena. Había bombetas, cachiflines y carreras de sacos; unos cuantos hombres con sombreros y unas mujeres que se paseaban recordaban a aquellas familias de la alta alcurnia; pero en general, había fiesta y espacio para todas las personas por igual.

Tenía el deseo insaciable de ver y vivir en su totalidad, esos segundos de antaño. No podía detener mi búsqueda, pero en un momento la misma chica que zigzagueaba a toda prisa, haciendo tambalear la venta de cachivaches, huía

con risa juguetona mientras le hacía una ronda a la marimba. Se desplazaba en ambas direcciones al mismo tiempo y fue allí donde no pude seguirle más el paso. Quedé congelada entre la confusión de aquel espejismo y todo aquello desapareció; estaba sola, muda.

Llegó enero y habían pasado semanas desde aquella visita tan fugaz e intrigante, pero de nuevo percibí la misma sensación escalofriante de octubre cuando tomé mi lápiz. Esta vez una mano pequeña, pegajosa y fría se apoyó en mi hombro y me arrebató la libreta de apuntes. Era ella de nuevo, pero en esta ocasión la reconocí en un instante; andaba el mismo traje y guardaba en su puño aquel misterioso secreto. Vi mi escritorio transformarse en un clásico pupitre de madera, y la niña, que para ese momento ya me era familiar, con una mueca me pidió que hiciera silencio. Cruzamos miradas y compartimos la complicidad en el aula de la Escuela República de Venezuela.

Únicamente ella y otra niña que alcancé a ver de espaldas tenían calzado; ambas lucían el mismo corte de cabello, compartían el mismo tono de voz y sus gestos

eran similares. En el patio, la rayuela y las cerbatanas con lágrimas de San Pedro eran la máxima diversión, a lo largo había un ruido exquisito de niñez. Mi nueva amiga mecía sus piernas tiernamente y estaba resignada a repetir tercer grado sin haber perdido el año, ella sólo cumplía los deseos de su padre. Su papá, según me dijo, era un hombre de campo con dotes en el arte de tallar la madera y jamás perdonaría que sus hijas gemelas no se graduaran juntas, aun cuando sólo una de ellas hubiera perdido el año.

Era la hora de la salida, y la chiquilla de esta historia corrió acelerada, se quitó los zapatos y se deslizó con destreza y gracia por los caños enlodados. Era la reina del equilibrio con diez años; tenía tanta fuerza en sus muslos como los bueyes del pueblo, y la constancia inquebrantable cuál campanario parroquial. La vi llegar a su casa de adobe, cruzar el recibidor, toparse con su padre que afilaba delicadamente las gubias y llamar a su madre, quien detuvo la preparación del arroz con gallina para abrazarla.

En cuestión de segundos llegó la tarde y por una humilde ventana, pude notar

cómo se encendió mágicamente la estufa de carbón. Sonaban tangos de Gardel, zarzuelas y uno que otro vals; la niña se dispuso a jugar chumicos y a saltar el mecate con sus seis hermanos. Entre la emoción del juego y sin percatarse de mi presencia, soltó de su mano aquello tan esperado y me acerqué con cautela. Recogí del piso una fotografía en blanco y negro impregnada con un fuerte aroma a siglos. La imagen lucía intacta y en ella se mostraba alegre y acompañada de su gemela idéntica, abrazadas como vivieron desde el día uno. Reconocí ese retrato, era mi abuela...

Sucedió pues, la chiquilla hizo una pausa y me miró de reojo, el tiempo se detuvo, me saludó y con esa sonrisa de pilla todo quedó sobredicho.

Así es, hoy decidí recordarla tal cual, como la inocente e inquieta figurilla que hace tiempo no me ha vuelto a visitar. Tengo que admitirlo, me muero por verla nuevamente bajo esta mística forma.

Hoy creo que en Escazú, los mitos, duendes y brujas son de verdad. Comprendí que quien pisa estas encantadoras tierras nunca se va de ellas.

Abuelita, guardiana de los tesoros más valiosos del corazón

Kattia Clinton Hidalgo

Recuerdo, siendo una pequeña niña, aquella bella mañana. Un día bañado por los rayitos de sol, el puntual llamado de los gallos mañaneros Paco y Claudio, el dulce canto y revoloteo en libertad de los pajaritos en la típica y aún rural comunidad de Guachipelín de Escazú en donde, con gran emoción al levantarme, le dije a mi mamá que hoy iba a ser un gran día.

Empezaba el verano y no olvido, al asomarme por la ventana, el fresco aroma del rocío de la mañana sobre el césped. Al observar el horizonte, se veía un campo lleno de árboles de corteza amarilla, roble de sábana de color púrpura y un malinche de más de 40 años color naranja frente a mi casa, floreciendo a su máximo esplendor y vistiendo sus mejores galas.

Ya cerca de las 7 am, aquel inconfundible

olor del café recién molido y chorreado por mi mamá, las deliciosas tortas de huevo con cebollino picado, una torre de tortillas de maíz amarillo cascado con su pizquita de sal envueltas en hoja de plátano, natilla casera y cremosa de la zona de Santa Cruz de Turrialba, leche agria y jugo de naranja natural para el que quisiera una opción alterna al café del desayuno, y que no faltaran los frijolitos molidos arreglados.

Yo aún no sabía cuáles eran los días de la semana ni las horas, no entendía nada de eso aún, ni tan siquiera en qué año estábamos. Sin embargo, los colores de la naturaleza, el olor del campo, el desayuno típico tan completo y que me bañaran tan tempranito significaba que abuelita nos venía a visitar desde muy lejos para quedarse algunos días con nosotros



en casa. Y también era día para jugar y compartir con mis vecinitas nuestros juguetes preferidos.

Todo transcurrió muy bien las primeras horas, al fin llegó abuela desde muy temprano, desayunamos y, como siempre, nos repartió los muy esperados confites a todos, ya que ella nunca venía con las manos vacías. Siempre en la parada de la Coca Cola, antes de abordar el bus hacia Escazú, compraba, religiosamente, algunas golosinas de antaño. Ya fueran carreticas, confites tradicionales, melcochas de colores, las paletas del “Chavo del 8”, suspiritos, cajetas, entre otros.

Mi abuelita era muy chineadora y alcahueta con sus nietos, y con todos, la verdad, era como una combinación de mago y hada madrina, en cada bolsa que traía aparecían confites, detallitos, regalitos hechos por sus manos y los ricos jocotes tronadores de la zona de Acosta.

Unas horas después de la llegada de mi abuelita, el gran día, mi gran día se había arruinado. Me encontraba llorando muy triste al frente de la puerta de la entrada de mi casa, momento de gran drama.

Abuelita me escuchó y preocupada fue a ver qué me pasaba —¿Katica?—, me preguntó abuelita, —¿qué te sucede? ¿Estás bien corazón?

Yo le respondí —No abuelita, la mamá de mis dos mejores amigas castigó a Tita y a Lupe y no pueden salir a jugar y tampoco encuentro mis muñequitos de madera, mis juguetes preferidos.

—Tranquila, corazón, no pasa nada, ven, vamos a jugar juntas con mis amigas.

—¿Amigas, abuelita, dónde están tus amigas?— Le pregunté.

—Aquí míralas, las plantas y flores de tu jardín. No ves que lindas y contentas están. Mira Katica, las flores de lavanda bailan con la brisa del viento y reflejan los colores del cielo bañados por el cálido sol. Juegan sin cesar con las abejitas, mariposas y mariquitas durante el día. Me cuentan que el diente de león ha crecido mucho, el que está debajo de ellas ha estado mordisqueando sus pantorrillas toda la semana ¡Que travieso! Ayúdame corazón y lo trasladamos de lugar donde pueda seguir divirtiéndose y

creciendo sin molestar los piecitos de las plantas de lavanda. Los geranios ya están en plena floración. Mira que colores y que aroma, olé que rico.

—Sí abuelita, huelen yiquísimo.

—Sí, son muy coquetas y les gusta andar siempre muy perfumadas y dejar su aroma en todo el jardín ¿Te gustan?

—Sí abuelita, pero saben un poco ácidas, ese perfume no sabe tan yico.

—Mi chiquita bella, no te las comas. Te puedes enfermar. No todas las plantas son para comer.

—Las rositas sí, huelen y saben muy deliciosas, Abuelita—, le respondí.

—Con razón casi no veo flores, has pasado comiéndote las rositas, cuidado te espinas mi Katica o te comes algún bicho. No te las comas todas para que puedan crecer fuertes y puedas disfrutar de sus colores y el dulce aroma del rosal. Mira que a las maripositas también les encanta jugar con ellas y tomar de su néctar, por eso tienes que compartir las rosas con ellas.

—Abuelita, ¿y tú cómo sabes todo eso?
— pregunté.

—Katica, yo nací y crecí en el campo, en una casita muy humilde en Palmichal de Acosta, con muchas carencias: sin luz eléctrica, sin teléfono, cocina eléctrica ni televisión y pocos vecinos o amiguitos con quienes jugar, mucho menos juguetes como los tuyos, pero fui y he sido muy feliz. Desde niña tuve la dicha de conocer y tener entre mis amigas a las flores, plantas y árboles. Ellas me presentaron a más amigos, algunos animales con los que yo jugaba, hablaba y compartía mis días; algunos de ellos hasta me dieron de comer a mí y a mi familia. Nunca me sentí sola, siempre estuve muy bien acompañada, estuviera o fuera donde fuera, me ayudaron a salir adelante, a pesar de que no tuve oportunidad de ir a la escuela ni alcanzar ninguna profesión o título. Eso sí, Katica, para ser su amiga, tienes que ser muy amable y fiel con ellas.

—¿Fiel, abuelita?

—Sí, ellas son tus amigas si tú las cuidas, las riegas, las desyerbas, las abonas todos los días o periódicamente cada semana. No puedes descuidarlas ni un solo día,

sino se resienten, se ponen tristes y se marchitan. Las flores no tienen dinero para pagarte por todas tus atenciones, pero te pagan con su sincera amistad y lo reflejan en sus caritas, en sus flores, en sus hojas, en sus raíces, sus frutos y su rico aroma.

Siempre se ponen muy felices cuando nos encontramos y nos ponemos al día hablando, jugamos y nos cuidamos unas a otras. Cada una es distinta, no todas ocupan lo mismo, no todas tienen la misma personalidad, pero siempre añoran y aprecian tu presencia y tu cariño. Ninguna te pertenece, solo te vuelves su guardiana, también, de un gran tesoro que le pertenece a la naturaleza y al Dios Padre de los cielos. No importa si es una o muchas flores, plantas, árboles o animalitos, si aprendes amar y compartir tu corazón con una sola de ellas lo harás con un rosal, un jardín, un parque o un bosque entero. Serán tus amigas y estarán para ti cualquier día a cualquier hora.

Nunca olvidaré esas palabras que fueron tan valiosas para mí a lo largo de toda mi vida, hasta la fecha...

Abuelita, cómo me haces falta. Te fuiste

a los brazos de Dios cuando yo aún era muy niña pero tus palabras llenas de sabiduría, que no provenían de los libros ni de una formación académica, tu herencia de incalculable valor, que tampoco provenía de riquezas materiales, las atesoro en mi corazón. Se activa ese, tu legado, y se multiplica cada vez que traigo a la memoria tus enseñanzas, tu ejemplo, cada vez que alguien me cuenta de ti o te menciona con tanto agradecimiento por la forma en que tocaste su vida. Grabaste y sellaste por siempre en mí con tinta permanente e indeleble las mejores enseñanzas.

Gracias, abuelita, María Mora, por reflejar ante todo el verdadero amor de Dios en todo lo que hacías y decías. Por ser una mujer conforme a su corazón, fortalecida y afirmada en su identidad. Un ser maravilloso, único y especial, guardiana de los tesoros más valiosos del corazón.

Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.

Proverbios 23: 4



Güelita

Ana Mercedes Angulo Roldán

Era una tarde de invierno, con mucha lluvia y fuertes tormentas. Estaba sentada en un viejo banco, cerca de la negra y vieja cocina de hierro donde chispeaban las brasas, al roce con lo tizones que Güelita atizaba para que se asaran las ricas tortillas con queso que palmeaba en el gastado moletero y que luego disfrutaríamos mis primos y yo, con un buen jarro de agua dulce caliente que nos sabía a gloria, a puro jugo de caña.

Esa tarde comprendí que debía permanecer junto a Güelita, como le llamábamos de cariño a mi abuela Rosalba. Ella era una mujer que cuando mucho medía un metro cuarenta y cinco centímetros de estatura, delgadita pero valiente, trabajadora, con una sabiduría y una fe tan grande en Dios que la hacía una viejita muy especial para quienes la conocían.

Esa tarde, mientras palmeaba las tortillas

y se derretía el dulce. Los aromas de la comida se confundían con el olor a humo y a tierra mojada. Le pregunté — Güelita, ¿cómo era el tiempo de antes, cuando usted empezó a ser madre? — Y ella me contó cómo, siendo muy joven, se casó y a los tres años de casada ya tenía una niña de dos años y estaba cerca de traer al mundo a su segundo hijo, y entre más me contaba, más crecía mi interés en saber qué había ocurrido.

—¿Qué le pasó Güelita?

—Te voy a contar muchacha, lo duro que era criar hijos en ese tiempo. Fijate que tenía a mi chiquita mayor de dos años y esperábamos a nuestro segundo chiquito. Me faltaban unos días para que naciera, entonces decidimos que era mejor irme a la casa de mamá para que me ayudaran mientras me reponía. La partera era muy buena y vivía muy cerca de mamá. Cuca, como le decían a



tu abuelo, cargó la carreta y nos fuimos muy temprano para llegar antes de que oscureciera.

Llevábamos como dos horas de camino, cuando la chiquita comenzó a llorar, vimos que estaba ardiendo en fiebre. Se quejaba de dolor de estómago, entre más rato, más mal se ponía. Ya cuando llegamos donde mamá, le dimos un bebedizo con la fe de que fuera algo pasajero. La sobaron porque tal vez era una pega y nada. Así pasó la noche. Al otro día, muy temprano, me empezaron los dolores, entre más rato, más fuertes. Por otro lado, mi chiquita se me puso muy mal. Me apuraron los dolores y —¡qué va! —, nada pudimos hacer por Lucecita, se me murió. Parece que le dio una enfermedad muy mala que le decían gastro...

—¿Qué pasó entonces? Si usted estaba con dolores.

—Diay muchacha, ¿qué podíamos hacer? Fíjate que en la salita se velaba a mi chiquita. En una mesita se puso el ataúd y las matas floreadas en tarros que tenía mamá le sirvieron de adorno. A los chiquitos no se les reza, se les lleva

música porque son angelitos hasta los siete años, que ya pasan a ser angelorios.

—¿Y usted cómo seguía?

—Diay, me tocó traer al mundo a mi segundo hijo en el dormitorio contiguo, lo cristianamos y lo llamamos Miguel. Así pasaron tres meses y no abría sus ojitos, también se me enfermó ese día. Cuca estaba moliendo una tarea grande de dulce en el trapiche que estaba detrás de la casa y como a las diez de la mañana salí, le dije a Cuca que el chiquito estaba enfermo, estaba muy mal. Pero él me contestó que viera a ver qué hacía porque no podía quitarse de las pailas. Yo hice lo que pude, pero Miguelito empeoró y a las cuatro de la tarde se me murió. Salí de nuevo, le dije que el chiquito se me había muerto y él me dijo que todavía no podía moverse del trapiche...

—Güelita, ¿qué hizo usted?

—Yo lo acosté en la batea, lo bañé, lo vestí y lo tomé en mis brazos por última vez. Luego caminé, atravesé el cañal hasta salir a la Calle Real. Me fui a casa de mi suegro. Lo acosté y me fui a comprar el ataúd donde Tabito Roldán, que era el que los fabricaba,

también contraté la música para la vela. Ya con todas las vueltas listas, como a las ocho de la noche llegó Cuca, pero ya yo había resuelto todo.

Vea usted lo bueno que es Dios que Miguelito, en sus tres meses de vida, nunca abrió sus ojitos, pero cuando comenzó la música de la marimba y la guitarra a sonar, abrió sus ojitos y eran tan azules como el cielo.

Luego de escuchar esto, le miré a la cara, vi en sus ojos negros una paz y tranquilidad tan grande que le dije:

—Güelita, que dolor tan fuerte...Yo no hubiera podido con tanto sufrimiento.

Me contestó:

—Dios me preparaba y a la vez probaba mi fe. Sabes, después de un tiempo, Dios me prestó veintiún chiquitos más, pero me pidió que le devolviera trece. Unos de un mes, otros al nacer, de un año y así de varias edades, siendo los más grandes Víctor de cuatro años y Marina de nueve, que se me murió porque le sacaron una nigua y le entró un tétano. ¡Vieras qué linda que era! Pero muchacha, Dios es tan bueno que cuando yo me muera vendrán

todos esos angelitos para llevarme a darle cuentas a Tatica Dios. Porque Nuestro Señor tenía una misión para mí, pues crie a los ocho que me dejó y a un chiquillo que me llegaba a la casa, que se criaba como si fuera uno más de los míos. La verdad, amor es lo que más tengo para dar

Le contesté:

—Pero Güelita, ¿y las mamás y papás de esos güilas nunca los buscaban?

—Nombre, antes la gente no se preocupaba. Yo me dije que, si Dios me pidió a mis chiquitos, pero llegaron aquellos otros, era porque necesitaban una mamá. Entonces, Dios me bendijo trayéndome los aquí para que cuidara de ellos. Al fin y al cabo, creo que a eso me mandó Dios, a dar lo que más tengo y gracias a Dios logré sacarlos adelante dentro de mis pobrezas, porque hoy son hombres y mujeres de bien.

Entonces me di cuenta de lo bendecida que soy por ser su nieta y aunque no me heredó riquezas, me heredó lo mejor: su ejemplo, su esencia y dar, como decía Güelita, mucho amor a todo el que me rodea.

La raíz de la amapola

Natalia Monge Zúñiga

Al verla con su suave y lento caminar, de pelo gris plateado, cuidando sus matas y guarias, pareciera volar con su delantal de flores pequeñas. Con esa dulce humildad, mi abuela Inés apareció en este místico pueblo hace ya un tiempillo.

Era una tierna niña de 14 años, hermosa y de mirada profunda, vino con su mochila casi vacía y su pobre y numerosa familia a tierras escazuceñas. Con el alma herida por la muerte de su madre, abrazó con fortaleza y coraje la misión de comenzar de nuevo.

—Rodamos por todos lados, me daba mucho miedo no tener lugar, soñaba con una casa en el campo, en la montaña. Papá siempre me decía que era temporal, que íbamos a estar mejor...

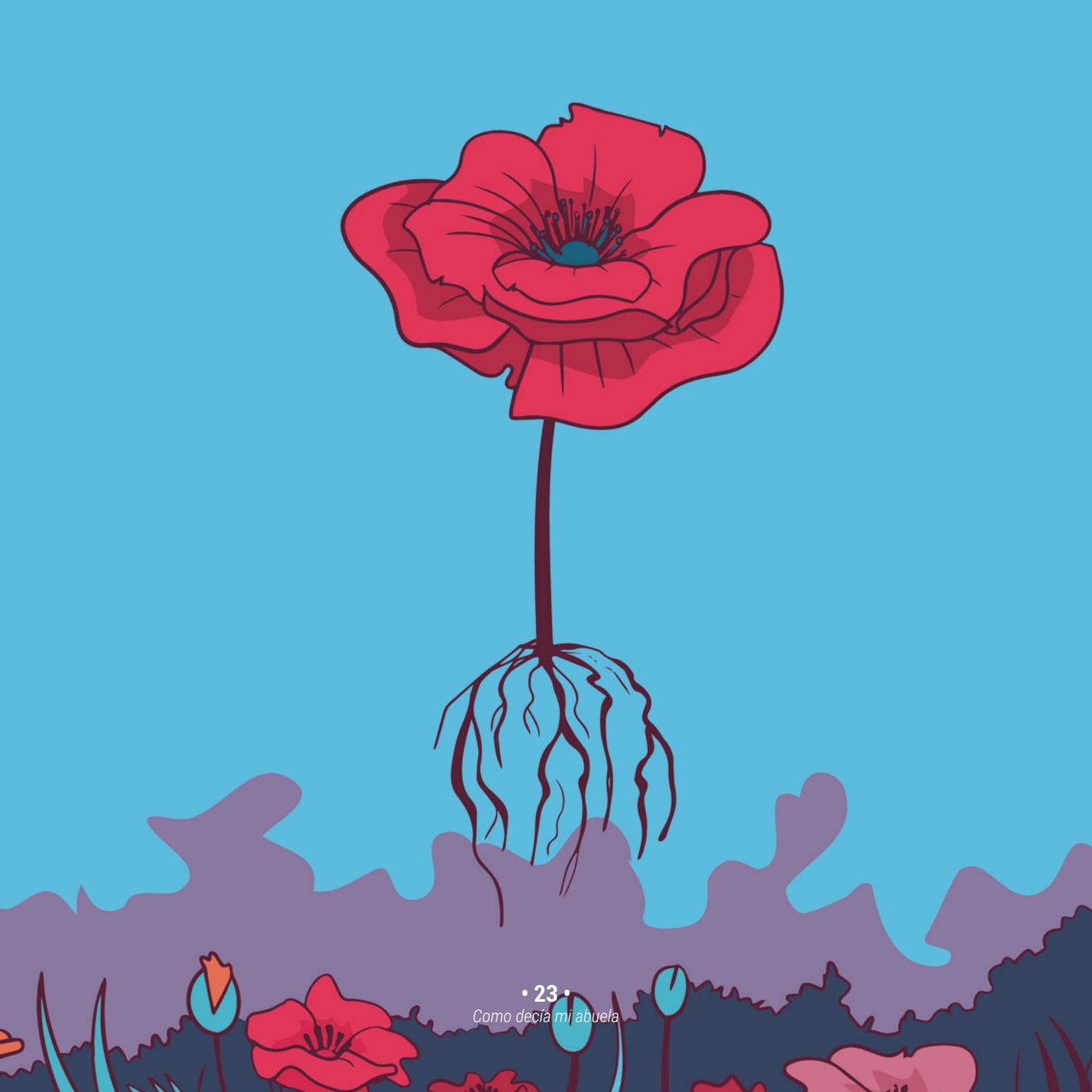
Con la ausencia inmensa de su madre, vinieron muchos cambios. Desde Santo

Domingo pasaron de casa en casa, de barrio en barrio. Aquella falta de tierra firme, de arraigo, de pertenencia, de tierra y de madre al mismo tiempo, hicieron inmensa su inestabilidad y frágiles sus vínculos. Quería encontrar su identidad reflejada en un espacio.

Al llegar a Escazú, el sentimiento fue distinto que en los otros lugares donde habían pasado, la familia se sintió bien recibida:

—Desde que llegué tuve una gran amiga y cómplice: Alice, íbamos y veníamos por todos lados. Aquí siempre fueron gente, nos apoyaban y nos invitaban a gallitos al ver a papá solo con todo ese montón de chiquitos...”

Con su vecina Panchita Roldán aprendió de remedios, de plantas, ramas y cuidados para la salud y el alma; también, compartían sus mejores recetas. En fin, se



sintió adoptada por ella y por el pueblo. La gente se preocupaba por colaborar con su familia, les ofrecían trabajos y les invitaban a las fiestas para que conocieran a más gente.

Me contó que un día, cuando ella tenía unos 15 años, venía de regreso a su casa, que quedaba diagonal a la casa de Toño Angulo, en el centro de Escazú. Después de un día en la escuela Castro Carazo, cuando iba por el cruce de San Rafael, en la pura esquina del que es hoy el Scotiabank, sintió que alguien venía a su lado, en bici, de boina y de voluminosa melena. Al volverse, un rostro irreconocible, unos ojos del color del cielo y una sonrisa pícaro pedaleaba a su lado izquierdo. Sintió algo en el pecho, un frío en el estómago.

—¿Qué se le ofrece? —, le preguntó al joven.

—Hola, yo soy Tobías—, respondió con una gran sonrisa.

Ella siguió caminando, fingiendo ignorarlo.

—Disculpe incomodarla, ¡qué le vaya bien!— Dio media vuelta y siguió pedaleando, alejándose rápido.

Ella caminó a paso acelerado, al igual que el palpitar de su corazón. Con gran curiosidad por saber hacia dónde se iba aquel muchacho misterioso, se volvió rápido y lo vio entrar a la cantina de Tato. Al llegar a su casa, dejó sus cosas y corrió a contarle a su amiga Alice, quería saber quién era aquel muchacho. Soñaba de ojos abiertos tratando de recordarlo y dibujaba en las nubes su rostro, le asustaba que le gustara tanto. Ella era joven para tener novio y además no sabía cuánto tiempo más iba a vivir en Escazú.

Alice le contó que se llamaba Tobías y que la familia era muy conocida en esas tierras. Tenían cantinas y pools, vendían lotería y tenían terrenos por todo Escazú, desde el Country Club hasta el Automercado. Era una familia de seis hijos, todos solterones.

—Inés, ¿qué se va a casar Macho, un muchacho de esa familia? ¡Qué va! Todos son solterones—, le dijo Alice tratando de apagar un poco el fuego que provocó el encuentro.

—¿Y quién dice que yo me quiero casar? — Le contestó mi abuela, muy orgullosa.

Pasaron los días y los acercamientos con Tobías se repitieron. Comenzaron a saludarse, sonreírse y a ser amigos. Salían a ver carracos en la acequia que corría desde los cerros hasta pasar por el parque del centro. Pronto, comenzaron a ser novios.

Tobías era un gran músico y le llevó muchas veces serenata a Inés. Formó parte del Conjunto Musical Los Ticos, que deleitaba con armoniosas canciones a cualquier lugar que iba. Él destacaba en el acordeón y dedicaba cada canción a su amada Inés.

Fueron novios durante seis años. Cuenta mi abuela que, durante esa época el ambiente era tenso, la Revolución de 1948 estaba a punto de estallar. Se escuchaban las balaceras desde El Country, pero Macho, como le decían, igual se la jugaba y llegaba a “marcar” a su casa.

—Pero el susto de mi vida fue cuando supe que estaba embarazada. Ahí sí no hallaba dónde meterme. No era casada, yo era muy pobre y ¿para dónde nos íbamos a ir?

Después de llanto, conversaciones profundas y abrazos, decidieron casarse. Mi abuela supo que de Escazú no se iba. Supo que era el momento de enraizar, de pertenecer, de apegarse a sus cerros, sus aguas, su gente.

—La familia de Macho se volvió loca, la fiesta fue para el pueblo, la marimba la tocaba Toño Ramírez con Lalito y su primo Víctor Quirós. Durante una semana Escazú se olvidó del alboroto de la Revolución, parecía un turno aquello. Nuestra pieza fue “Amapola”, sonó por todos lados aquella música.

Mientras me relataba de la boda, también su experimentada voz comenzaba a cantar suavemente:

*“... De amor escuché la triste queja
De amor escuché a mi corazón
mapola lindísima amapola
Será siempre mi alma tuya sola...”*

—Siempre me sentí solitaria, sin mamá, como una flor de amapola, esperando tierra fértil para enraizar, y así llegué aquí. Escazú fue la tierra que escuchó mi triste queja de amor, sus aguas me

hicieron fluir, eché raíces, florecí y aquí
estaré hasta que semilla vuelva a ser.

Pasaron ya 74 años desde esa fiesta.
Mi abuela Inés, la amapola de colores
intensos, de jardines fértiles y perfume
con memoria incomparable sigue aquí,
con raíces firmes y amor desmedido por
el Escazú que la vio fructificar y por
el músico que la embrujó de amor en

estas tierras benditas. Han cambiado
algo los tiempos desde aquel entonces,
pero quienes somos brujas de cepa,
conocemos, sentimos y vivimos la cálida
esencia de este mágico pueblo. Como
dice mi abuela —recordar esa esencia es
volver a ese Escazú. Hay que honrarlo y
agradecer esa memoria.



Tuti

Lorena Agüero Sandí

Soy la tercera de los hijos de ella.

Siempre me pregunté qué habrá sentido cuando se enteró que, tras 1 año y 6 meses, nuevamente estaba embarazada. Tal vez aun amamantando, porque así eran los periodos de lactancia, muy largos. Sin haber vivido de nuevo probablemente la “costumbre” de las mujeres, como solía decirse, para evitar llamarlo por su nombre. Tal vez en confusión, ¿será que estoy esperando o es que pronto veré “la costumbre”?

La vida me respondió, que, aunque pudo haber sido triste, confuso y preocupante, la alegría de tener entre sus brazos otro bebé, era mayor. No sabía qué llevaba en su vientre, todo era una sorpresa, era empezar a amar a ciegas, ¿niño, niña? 40 semanas de espera, pero ella amaba a sus hijos y lo sé, porque la vi embarazada de mis tres hermanos menores. Vi cómo disfrutaba cada embarazo, cómo se

vestía con su blusa blanca maternal y su enagua un poquito arriba de la rodilla —pantalones no—, era indecoroso que las mujeres llevaran pantalones y menos embarazadas.

También vi cómo preparaba la ropita del bebe, en especial la que se acostumbraba para sacar al niño del hospital, blanca o de color amarillo, porque no se conocía el sexo de lo que venía en camino. Abriguito, calzoncito y gorro, una mantilla y dos gacillas enormes para sujetarla, una camisetita blanca, hecha a mano por su hermana Elvia y una gruesa cobija con decoraciones alusivas al bebé, para que no sufriera de las corrientes de viento, por supuesto, también amarilla.

La vi cómo blanqueaba y preparaba sus mantillas de tela, porque algunas eran de los hijos anteriores. Sabanitas de restos de tela que acolchaba con cobijas, para figurar un colchoncito en el rincón de su



cama donde dormiría su bebé con ella, ¿cuna? Claro que no, no había dinero para eso.

Todos estos preparativos, de forma silenciosa, porque ya éramos muchos y pocas personas se alegrarían con ella, iban respondiendo a mi gran pregunta, ¿qué habrá sentido cuando se dio cuenta que tras 1 año y 6 meses nuevamente estaba embarazada? Quería siempre que me contara, pero no quería hacerla sentir incómoda.

Pasó mucho tiempo, veía cómo envejecía, cómo lucía cansada y buscaba ya nuestra ayuda. Muchos eventos de ausencia de memoria me mostraron que mi madre se estaba yendo. Angustia y zozobra vino a mi corazón, ya no importaba la respuesta a mi pregunta. Era tiempo de aprovecharnos una a la otra, reír juntas, compartir, sacar lo mejor de sus conversaciones incoherentes, recostarme en su pecho y escucharla decir —La amo mucho—, y luego, sintiendo su partida cerca, me decía —Lore, pobrecita usted cuando yo me muera, es como entrar en un callejón sin salida—. Y nos hacíamos promesas y nos agradecíamos.

Le dije, —¿sabe una cosa? Usted es bendecida, tendrá una enfermera exclusivamente para usted, nunca permitiré, que la lleven a otro lugar y si la llevaran nos vamos juntas, nos reíamos.

Pude decirle, gracias por darme la vida, por cuidar de mí cuando nací; solo me miraba, con sus pequeños ojos ya cansados. Sentadas en el corredor de la casa, mirando hacia el cielo, prometí que un día iré a su lado y que ella lo sabrá, ahí la seguiré cuidando y continuaremos nuestras conversaciones.

Con todas nuestras promesas, ahora sé que tenías razón, me siento como en un callejón sin salida, pero también entendí, que siempre me amaste mucho.

Gracias Tuti.

Peregrina

Laura Patricia Azofeifa Rojas

Cuando en Escazú no existían calles de asfalto, sino de tierra; cuando no había construcciones, sino potreros y una que otra finquita con caña de azúcar y sembradío de frijoles, entre Guachipelín y El Alto de las Palomas, justo en el medio, vivía una señora bajita de estatura, cabello blanco y suave, ojos pensativos y sonrisa amable, con un sabio rostro surcado por los años, siempre de vestido y un immaculado delantal. Ella era Guina, su palacio, su casa, piso de tierra y ventanas de madera.

Su día comenzaba cuando se asomaban los primeros rayos del sol, sentadita en su mesa ponía un peine, una taza con agua y varias prensas. Escuchando un viejo radio, con paciencia, ondulaba su cabello. Luego encendía el enorme fogón, olor a café y tortillas palmeadas despertaban a todos en su casa, no había mañana sin su café, olor único a campo, a rocío, a recuerdos de antaño.

Luis Azofeifa, quien ya conocía la rutina de su esposa, muy sutilmente le decía: —¿Guina, ya está el café? —, ella, sin decir palabra le servía en una enorme jarra de metal y se la llevaba hasta la cama mientras él aún rezaba el rosario. No hacía falta palabras, ese era el lenguaje entre ellos, un amor verdadero que soportaba el paso del tiempo.

Rara vez de la tubería salía agua, sin embargo, cerca de su casa estaba la finca de la familia Maroto, que tenía un pozo que muy amablemente compartían con todo el vecindario. Guina tomaba dos pichingas y a su nieta, todo se ensombrecía al entrar a esas tierras debido a las enormes cañas de bambú, que le ponían la piel de gallina a la niña por su silbido y chasquido, asustada se agarraba bien fuerte del delantal de su Tita. Mientras ella sacaba agua, su nieta aprovechaba para tomar una que otra



mandarina que, por cierto, su abuelita siempre la hacía devolver, —porque la honradez va primero, le decía. Después de semejante faena y almorzar, alrededor del mediodía, se cerraban las enormes ventanas. Era hora de una siesta le decía a su nieta, aunque la realidad era que al hacerlo evitaban el sol directo que transformaba la casa en el mismísimo fogón de Doña Guina. La oscuridad dominaba todo, solo se veían unos pequeños rayos de luz filtrarse por las goteras del zinc.

Cuando ya todos descansaban, Guina entraba en su cuarto, abría el ropero y sacaba algo, unos sollozos y suspiros apenas perceptibles despertaron a su nieta quien, curiosa, se asomó por una rendija, viendo a su abuelita sentada con una caja en sus manos. Tristes lágrimas caían de los cansados ojos de la dulce anciana, convirtiéndose en rutina. La niña observaba la misma escena cada día y nadie se daba cuenta, en su mente ingeniosa un gran tesoro se ocultaba dentro del pequeño cofre, tal vez, ¿joyas?

Un día de lluvia, cuando Guina preparaba el café de la tarde, su nieta

entró en el cuarto, abrió el ropero, tomó la caja y rápidamente se ocultó debajo de la cama. Para su sorpresa solamente había una fotografía, dos señoras que ella no conocía. Ahora la duda era más grande, ¿quiénes eran? y ¿por qué su Tita lloraba al verlas?

Al día siguiente era domingo, eso significaba olla de carne, tortillas y toda la familia de visita, una oportunidad para averiguar pensó la niña, aunque, ¿a quién preguntaría? Pasó todo el día y simplemente no tuvo el valor, cabe decir que no había celebración sin la comida de Guina. Igual era en Semana Santa, no faltaba la miel de chiverre, coco y arroz con leche, todos traían algo y juntos almorzaban el domingo de resurrección. En navidad, los mejores tamales los hacía ella, en una enorme mesa nietos e hijos ayudaban, siempre unidos por la deliciosa cuchara de Doña Guina.

Lavar ropa era como ir de día de campo, tocaba hacerlo en un pequeño río, que ahora se llama Quebrada Yeguas. No había condominios ni supermercados, en su lugar, enormes potreros llenos de árboles frutales: guayabas, mango anís, jocotes tronadores, manzanas de agua y

las favoritas de Guina, manzanas rosa. Su nieta recolectaba frutas, mientras ella lavaba en las enormes rocas. La quebrada tenía agua tan cristalina que se podían ver los muchos colores de las aluminas. Ese día, al regresar a casa, su nieta tomó de nuevo la caja de su Tita, quería grabar la foto en su memoria. Justamente en ese momento llegó su abuelita, asustada, su nieta la tiró y bajando la mirada con pena le dijo —lo siento—, Guina puso la fotografía en manos de la niña, y con una voz suave y pausada le contó su historia. Esa foto, aparte de los recuerdos en su corazón, era lo único que tenía de su hija, —una madre nunca supera la partida de un hijo—, dijo. La mente de la pequeña niña con escasos cinco años no comprendía, entonces su abuelita muy delicadamente le dijo:

—Cuando una hija pierde su padre o madre se le llama huérfana, si pierde su esposo sería viuda, y, si pierde una hija, ¿cómo le llamarías?

La niña guarda silencio.

—Así es, respondió su abuelita, no existe ninguna palabra que defina semejante dolor.

Natalia, su tía de la que no sabía nada, había fallecido y su Tita sufría silenciosamente todos los días por ello.

—Algún día cuando seas madre, comprenderás lo que el verdadero amor significa, dijo Guina.

—Pero, había dos mujeres en la fotografía— dijo la niña, y ella le contestó:

—¿A qué no adivinas cuál soy yo? —, muy detenidamente la niña observó y en ese momento se dio cuenta que esos ojos no eran más que los de su Tita. Aunque su cabello no lucía blanco y su piel no tenía el paso de los años, sabía cuál de ellas era su abuelita.

Guina continuaba todos los días silenciosamente entrando en su cuarto para pasar unos minutos con el único recuerdo de su hija, aunque ya no se escuchaban sollozos. La nieta entendió que hablar de lo que llevaba por dentro le ayudó a su Tita; ahora era el secreto de las dos y compartirlo las unió.

Una mañana los rayos del sol entraron en la casa de Peregrina, pero no había nadie en la mesa, el fogón continuaba

apagado y no olía a café, los ojos de Guina aún estaban cerrados, su esposo muy dulcemente le besó la frente y le dijo: —descansa Peregrina, hasta que nos volvamos a ver mi querida Guina—. Un silencio cubrió la casa, ya no habría domingos de olla de carne, ni miel de coco en Semana Santa, tampoco tamales en navidad, los días pasaron y el silencio continuó.

—¿Cómo aprender a vivir sin ella? —, dijo la niña, entonces recordó donde estaba oculta la fotografía y la guardó como su más grande tesoro, para nunca olvidarla.

Muchos años después, su nieta regresaría al lugar que la vio nacer y recorrería cada

rincón. Ya no era la misma, ni la casa, ni la niña. Sentada en el umbral de la puerta, finalmente entendería: ya no había más silencio. Su abuelita vivía en esa casa, en la brisa que entraba por las ventanas, en el olor del café de la mañana. Siempre podría mirar su fotografía y pasar un ratito a solas con su recuerdo.

Y cómo decía mi abuela, —recordar es volver a vivir.

A ella dedico este humilde homenaje y a todas las madres que han visto cerrar los ojos de sus hijos.

Esta es la historia de Peregrina Rojas, mi abuelita.

Mi abuela Isabel

Andrea María Arroyo Hidalgo

Desde que tuve uso de razón, vi a una mujer que poseía magia, magia de colores como que el aire, el sol y la naturaleza trabajaran con ella. Sentada cerca de ella, veía cómo preparaba los remedios que en mis fantasías eran pociones mágicas. Aún recuerdo que en mi imaginación, a mis seis años, creía que tenía una olla gigante y un libro de recetas mágicas. Jamás una hoja de menta de menos, o unas hojitas de juanilama de más podrían no dar a un buen remedio para aquel prójimo que había llegado a la casa con dolor de panza.

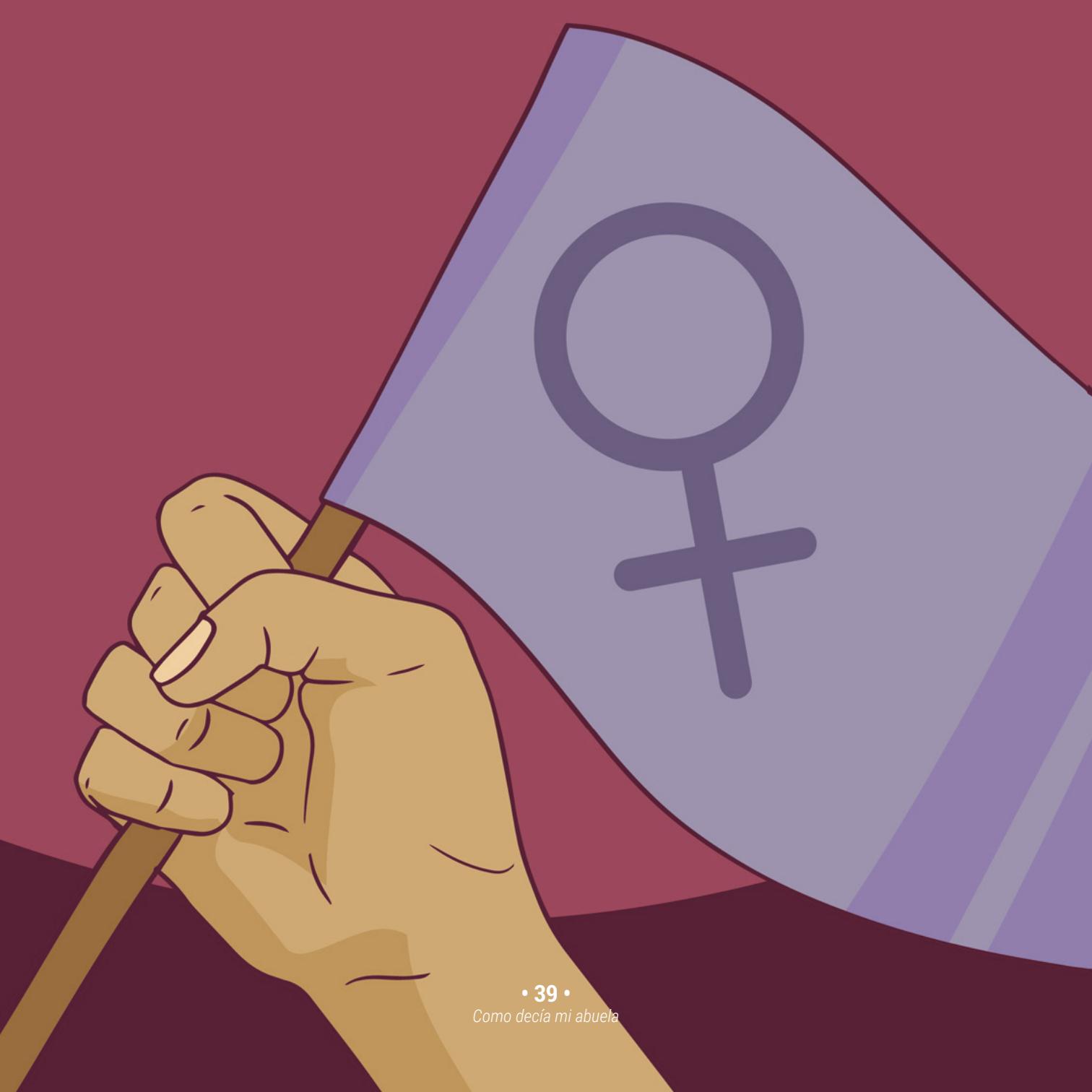
Mi abuela nació un 10 de noviembre de 1919 en San Rafael de Escazú, era la menor de nueve hijos. Su mamá, Juana Sandi, murió cuando mi abuela tenía dos años, y su papá, Moisés Hidalgo Marín, murió cuando mi abuela tenía once. Al morir su papá, sus hermanos mayores vendieron la propiedad (por cierto era la propiedad que ahora es un

centro comercial frente al antiguo Bar La Málaga, en San Rafael de Escazú).

A abuela, al ser menor de edad, la dejaron sin herencia. Decía que los hermanos mayores le habían hecho una mala jugada, pero lo que más le dolió fue lo que vivió cuando la metieron a un convento de monjas, donde la mayoría de ellas la maltrataba y solo la madre superiora, la hermana Encarnación, la quería muchísimo y hasta quiso llevársela a Francia, porque mi abuela cantaba muy lindo el Ave María, pero por pendeja de viajar en avión le dijo a la hermana Encarnación que no.

Esa tarde entre ese recuerdo de abuela y peladas de naranjas, vi cómo los ojos de abuela se nublaban mientras decía:

—Vea Andrea, el cariño verdadero de los hermanos sólo se conoce en herencias y enfermedades. Es muy



triste no conocer a la madre, es muy triste ser huérfana.

Ese día vi la primera cara de mi abuela Isabel, la cara de la tristeza.

Estaba yo cierto día jugando con mi perra Chumeca, más flaca la pobre, tenía un ojo con catarata. Se la había llevado a mi abuela el finado Nene Manus, un amigo de ella que cada vez que llegaba a tomar café o a rezar a la casa, siempre contaba la historia de cómo él había perdido las propiedades que poseía en San Antonio de Escazú.

En fin, ese día en el patio me grita abuela desde el gallinero:

—Andrea vaya a la casa y me trae una aguja... Pero ya. Hay dos pollitos que no pueden nacer.

—Tome abuela, aquí está la aguja... ¿Están débiles los pollitos abue?

—No, seguro tienen la cáscara muy dura por el calcio y al querer salir no pueden, y se pueden ahogar.

La cara de paciencia de mi abuela

mientras, con la aguja iba desgastando la cáscara hasta dejar solo una telita, veinte minutos y miré cómo los pollitos sacaban el piquito por la tela.

—Abue, pero ¿qué hubiera pasado si usted hubiera desgastado la cáscara por donde está el culillo del pollito?, ¿se ahoga?

—Venga Andrea, agarre este huevo y vaya dándole vuelta cerca del oído muy suave, va a escuchar el pollito picando.

Y dicho y hecho, ese fue el primer día que aprendí a sacar pollitos con mi abuela Isabel y a capearse de los picoteos de la mamá gallina clueca (o borracha como decía mi abuela). Y conocí la segunda cara de mi abuela, la cara del respeto a la vida.

—¡Andrea, para Dios es muy importante respetarle su creación!

Juro que su cara de dulzura era como cuando vemos por primera vez el rostro de nuestros hijos.

Cuando mi abuela tenía que ir a las citas

de la Clínica Moreno Cañas, ella me llevaba. Yo sabía que después de que la atendiera el Dr. Acosta y la regañara por seguir tomando café, abuela me llevaría a la soda y me compraría un sándwich y un chocolate caliente, para luego llevarme al potrero cerca de la casa, como me había prometido, porque nunca me dejaba ir sola.

Ese día, seguro ella ya no aguantaba mi majadería, se cambió de ropa y nos fuimos al potrero y me contó que cuando ella estaba pequeña, mientras jugaba en la propiedad de la familia, se la llevaron los duendes. Decía que eran pequeños, de color gris y que se pusieron a jugar con ella. Contó que de pronto se perdió en el cafetal y ella empezó a llorar y dos de ellos le dieron limón dulce y hasta se lo pelaron, pero que estaba oscuro y ella comenzó a llorar de nuevo, dijo que la dejaron en una piedra y cuando escucharon al hermano mayor buscándola, desaparecieron.

Ese día ni loca quería estar yo en el potrero sola, mientras salíamos del potrero decía:

—Por eso Andrea es muy peligroso estar sola en un lugar así.

Y conocí su tercera cara, la cara de satisfacción, porque ella sabía que no la molestaría por un buen tiempo y no me iría sola al bendito potrero.

Cuando conocí la cuarta cara de abuela fue un día sábado que habría venta de cachivaches en la iglesia de San Antonio. Me compró un dormilón de segunda y ella esperó a doña Rita, una señora que intercambiaba matas con abuela del barrio El Carmen.

—Andrea, ahora en la tarde después de la venta de cachivaches vamos a llevarle a Chepita está violeta blanca que me había encargado—. Chepita era la mamá de Chico Chepa, el dueño del Bar Itabos. La casa de ella era de barro, siempre bien pintada en blanco arriba y azul abajo, llena de plantas y con un olor singular a limpieza y a comida típica.

Me dijo que me quedara en el corredor mientras ella iba con Chepita a ver unas matas.

Yo ese día me senté cuatro minutos en la banca y me fui al cafetal a correr y

brincar. Caminando me encontré una llave herrumbrada y la eché en el bolsillo de mi overol. Ya cansada me fui a sentar nuevamente en la banca y no sé por qué diantres agarré la llave que me encontré. Hice con ella una “A” mayúscula gigante en la parte blanca de la pared de Chepita y despegué lo blanco hasta que se viera la “A” en líneas de barro.

Cuando abuela salió y vio lo que había hecho, se desfiguró su cara, me agarró de las orejas y luego me jaló de los pelos que quedan por la nuca y me dijo:

—Ahora verá confisgada güila, traviesa, dañina, se disculpa con Chepita, atrevida.

Y Chepita le decía a Isabel que no me pegara, que son güilas, que ahora le decía a Chico que hiciera un poco de mezcla, lo rellenara y le pusiera pintura.

La cara de vergüenza de mi abuela y los ojos de enojo me dolían más que los jalonazos de orejas. Al final llegamos a casa, mientras me decía:

—Andrea no hay cosa más fea que el atrevimiento y hacer daños, la gente hace a un lado a las personas así.

Ese día, le conocí la cuarta cara a mi abuela, la de la vergüenza ajena.

Y yo... yo no pude dormir por muchas noches, de la vergüenza que también tenía al haber avergonzado así a mi abue. Nunca más volví a hacer una travesura así.

Pasó el tiempo, mi abuela seguía vendiendo gallinas, matas, a veces ropa. Negocios donde la mayoría de las veces salía perdiendo, yo le llevaba las cuentas, pero eso era su vida. Sus negocios. Mientras yo, ya con 12 años decidí meterme en las elecciones estudiantiles de mi escuela, no tenía ni un colón para comprar confites, mucho menos material electoral como lo tenían otros partidos de la escuela, pero en mi cabeza creí que votarían por mis propuestas e ideas y no por regalar confites. Y bueno, ese no fue el caso, decidieron votar por los partidos que regalaron más confites. Esa tarde de derrota llegué llorando donde abuela y decepcionada me dijo:

—Andrea, venga tome café con leche.

Recuerdo cuánto nos costó a las mujeres de Costa Rica que al fin nos dieran la oportunidad de votar. Yo me paraba en las aceras con los grupos de mujeres de Escazú y otras partes del país y clamábamos por nuestros derechos. Hasta agua nos mandaron a echar porque insistíamos por los derechos de los trabajadores y las mujeres. Y vea, ¿usted piensa que yo lloré? Me daba cólera ¡sí! Pero las luchas que di con mujeres de diferentes partidos políticos las hicimos por creer que era noble luchar por la justicia social.

Ese día conocí la quinta cara de abuela Isabel, la cara del orgullo. Era el rostro de una mujer fuerte, determinada, que olía a café y a un espíritu de lucha que jamás había visto en mi vida.

Cuando yo tenía 16 años, recuerdo cómo ella a sus 76 vencía un cáncer. La vi internada con una sonrisa siempre para los doctores y hablando como una lora, porque mi abuela si algo tuvo, era que hablaba hasta por los codos. En esa batalla contra el cáncer conocí la sexta

cara de abuela, la cara de una mujer vencedora, mientras nos decía:

—Andrea y Raúl, ¡espero que las gallinas y las matas estén bien cuidadas!

Mientras mi tío y yo nos mirábamos con el estómago revuelto, pensando que unos días atrás, mientras andábamos entrenando, el perro de la casa se peleó con el perro de un amigo de mi tío y habían matado la mitad de las gallinas.

A veces creo que abuela Isabel se repuso tan rápido del cáncer y salió tan rápido del hospital porque ya sabía que mi tío Raúl y yo, que llegábamos con aquella cara de miedo a verla, le ocultábamos algo. Todavía escucho los tres meses de regañada que nos pegó a mi tío y a mí.

Conforme pasaron los años, entre tertulias y regaños, mi abuela siempre estuvo ahí, la que se sentaba conmigo a recitar poemas y decía:

—Vea, Andreilla, ¡con 90 años y escribo bien bonito todavía la letra en manuscrita! Con el ojo con catarata y puedo leer bien con este otro ojo—. ¡Y ella se reía!

—Andrea ¿usted se acuerda el día que

me caí de un puente por jalar una mata de heliotropo y usted pensó que me había matado?

—Sí abuela, que susto, pero ahora me da risa. ¿Abue y Don Juan Solórzano era buena gente con usted?

—Ay, era un maestro especial, yo cantaba y él tocaba el piano.

— ¿Y la niña Leticia?

—Aaaah, doña Leticia me enseñó, en paz descanse, todos los poemas que yo le he enseñado a usted.

Pasaron los meses, años y el tiempo encargándose de hacernos más sabios, pero más viejos. No recuerdo cuándo mi abuela envejeció. Yo siempre la veía igual, pero un día caminando con ella en el barrio y sintiendo sus pasitos cortos, escuchándola con ya una voz desgastada me dijo:

—Me siento cansada, la vejez es dura, como que le cobra al cuerpo todo.

—¿Abue qué le pasa?

—Estoy cansada, ya el cuerpo no me da.

—Abue, ahorita se pone bien.

La séptima cara de abuela: estaba acostada en su cama, con sus muñecos y peluches viendo las noticias. Era un 29 de noviembre del 2016 y anunciaban por las noticias que el ex presidente Luis Alberto Monge acababa de fallecer.

— ¡Andrea, Andrea! ¡Venga, que murió Don Luis Alberto!

Recuerdo la cara de abue, yo no podía decirle nada, pero si vi en sus ojitos tristeza.

—¿Andrea, vamos al funeral?

—No abuela, usted está con muchos, ¡Dios guarde!

— ¿Y yo no puedo mandar un mensaje a la memoria de Don Luis Alberto en eso que usted me graba?

—Facebook abuela, se llama Facebook.

Ese día agarré mi celular y grabé su dedicatoria, fueron tan lindas sus palabras. Tan inteligente era mi viejita.

El 28 de diciembre del 2016 en la tarde, mi abuela murió, creo que hasta ese día entendí que las personas que amamos sí mueren, aunque no queramos.

El día de su funeral había gente que

yo no conocía, la iglesia estaba llena y corrían por mi mente aquellos momentos inolvidables que serían parte de mi pasado y mi presente, entendía que aquella abuela Isabel, en su pobreza,

había sido una mujer importante, con un carácter firme, y que ese había sido su legado...

¡A la memoria de una dirigente social!

De cómo mi abuela encontró a los duendes

Freddy Alvarado Elizondo

Dedicado a la Virgencita María

De no haberse juntado ese día las dos amigas a hacer empanadas de miel de chiverre, los duendes no habrían llegado.

Intacta en mis recuerdos, la imagen de esas dos almas cuyas vidas habían sido forjadas a la luz vacilante de las candelas, quedó enmarcada en mi memoria infantil con el eco de una historia repetida mil veces por Doña Lucía, la mejor amiga de mi abuela.

Según contaba ella, para traer de vuelta a una hija suya que los duendes le habían robado, mi abuela se metió completamente sola en aquella noche helada, montaña adentro, con un candil en una mano y una cruceta en la

otra, hasta dar con el dueño del monte. El único que podía encontrar a esos bandidos.

Doña Lucía, una mujer muy bonita de ojazos negros y piel blanca, encontró en mi abuela, María Sandí López, casi una hermana para ella. Eran la viva prueba de que dos espíritus no han de parecerse para descubrirse el uno al otro con fraternal cariño.

Una muestra de ello era el vestir, pues mientras mi abuela solía usar faldas largas de tonos oscuros y blusas de colores suaves. Su mejor amiga, amaba las faldas cortas de paletones y colores alegres, que combinaba de una forma encantadora y



elegante, con blusas luminosas y vivaces. Sintiendo especial predilección por todos aquellos accesorios brillantes, que en cierta forma reflejaban la imperecedera juventud que le acompañaba siempre. No solo en su alegría, sino en la fresca sencillez de sus palabras, que en mucho se asemejaba al rocío que llena de perlas las veraneras por las mañanas.

En otras cosas se parecían mucho, ambas se peinaban de moño y Doña Lucía decía con frecuencia que lo que era de una, pertenecía a las dos. Ambas señoras poseían un corazón generoso y desprendido, que no admitía recibir propios o extraños en sus respectivos hogares sin ofrecerles un plato de comida y despedirlos con un bocadito, unos huevos frescos o algunos chayotes para un picadillo. Cuando no era así, se lucían en su bondad, al escoger en vez de ello, un pequeño regalo que les entregaban a sus visitas preferidas, de las muchas que recibían, en atención al gran amor que prodigaban a todas sin distinción.

Doña Lucía sabía preparar de todo, desde tamales hasta picadillo de arracache, sopa de mondongo, mazamorra y cuanta

comida buena solo se puede comer en los turnos de El Carmen, allá en Escazú.

Mi abuela, una mujer de ojos profundos y oscuros como las noches en las montañas, en los cuales siempre encontrabas un fulgor de luz de estrellas. Apenas y sabía contar, pero tenía una mente despierta y unas manos afanosas que siempre buscaban traer “cinquitos” a la economía familiar, horneando sin falta cada jueves, menos el santo, pan casero, rosquillas y bizcochos para regalar y vender.

Aquel día, por cierto, había horneado más que nunca, pues estaba ajustando para comprar una vaquita que hace mucho le tenían guardada y que según le habían contado, su leche era tan buena que se podía ordeñar varias veces al día, sin mermar en lo más mínimo el sabor o la cantidad.

Todo sucedió cuando Doña Lucía, que vivía mucho más adentro en la montaña y no tenía todavía horno, se puso de acuerdo con mi abuela para aprender de ella a hacer empanadas de miel de chiverre.

El día que llegaron los duendes, las dos

se levantaron muy temprano y antes de que clareara, ya atizaban el antiquísimo horno de barro que aún se encuentra intacto hoy, detrás de su casa de adobes.

Cuando todo estuvo listo y las brasas de rojo encendido danzaban dentro del horno con un suave crepitar, una a una las tandas de pan, bizcocho, rosquillas y tamal asado empezaron a entrar y salir, mientras una brisa deliciosa se esparcía en derredor.

Casi anocheecía cuando la más pequeña de las hijas de Doña Lucía, Teresita, pidió permiso a las dos amigas, para quedarse cuidando las famosas empanaditas, a las cuales solo les faltaba dorarse en el horno, mientras Doña Lucía y mi abuela llevaban dentro el resto de la horneada.

Doña Lucía juraba que, instantes después, al regresar por su hija, tanto ella como todas las empanaditas habían desaparecido. En vano la llamaron a grandes voces. Entonces mi abuela no lo pensó dos veces y sin pedir permiso a nadie ni dar explicación de nada, excepto que tuvieran toda la noche una candela encendida en agua bendita, se metió, tal como se cuenta, solita en la montaña y

no regresó hasta la madrugada del día siguiente, con su falda hecha jirones y toda aruñada, pero con la hija de su amiga sana y salva.

Pocas mujeres se hubieran animado a hacer lo que ella hizo, sin embargo, mi abuela sí que conocía a los duendes. De chiquitilla rondaban la casa de sus padres en Piedras Negras de Puriscal. Tomaban un par de huevos, de vez en cuando alguna gallina o una tapa de dulce dejada por descuido en alguna alforja atada a la carreta.

No eran dañinos, si acaso golosos y siempre buscaban compensar lo que tomaban. Como cuando se llevaban alguna gallina, dejando un par de gallinas de monte en su lugar. —Al rato se aburrían de comer siempre lo mismo— se decía mi abuela.

Ella nunca los había visto, pero los había escuchado jugar y reír en los senderos de los cafetales, hasta que el Dueño del Monte los llamaba, con esa voz terrible, de cabeza de agua de río, que tanto les asustaba.

Sabía por tanto que, si encontraba al

Dueño del Monte, podría dar con ellos. Tuvo así el cuidado de llevar consigo dos alforjas, una llena de maíz molido y queso tierno, con una medida de aguadulce y la otra llena de los bizcochos y rosquillas que había hecho para vender.

Caminó por horas y horas, internándose cada vez más, resbalando por los senderos inundados de voces ocultas que parecían seguirle y corrían a su lado en la oscuridad sobrecogedora, mientras un mar de luciérnagas, como ánimas en pena, tintineaban aquí y allá haciéndole compañía.

Cuando estuvo tan adentro que todo retorno parecía imposible, hizo lo inesperado, se sentó, colocó a un lado su candil y haciendo un fuego en medio de aquel hielo de montaña, se puso a palmear tortillas que asó con maestría en las brasas. Un olor delicioso y convidante lo llenó todo. Y justo como ella esperaba sucedió...

Un ser de gran estatura, larga cabellera y barba entrelazada, con musgo de montaña, emergió de las sombras y se acercó ante el olor irresistible de las tortillas.

Mi abuela, como si lo viera todos los días, le dijo —Pase y se sienta, que aquí le tengo unos gallitos de queso tierno y aguadulce caliente que le traje.

Se comió doce tortillas exactas, con doce buenos trozos de queso, se bebió toda la medida de aguadulce caliente y sin que mi abuela le dijera nada, supo a qué venía. La tomó de la mano y elevándola por los aires junto a él, cruzó una gran distancia en la montaña de un solo salto, hasta colocarla en lo alto de una ceiba iluminada por una luz difusa, donde jugaban con una niña, una veintena de seres que parecían niños y que abrazaron al Dueño del Monte cariñosamente. Eran los duendes.

Pronto se escucharon muchas voces que parecían venir de todas partes, unas eran como escuchar un concierto de aves al amanecer, otras como el sonido de una catarata alta y poderosa.

Entonces mi abuela, a manera de trueque, abrió su otra alforja y empezó a repartir entre aquellos seres, los bizcochos y rosquillas que con tanto esfuerzo había hecho para ajustar para su vaquita.



Lo último que ella recuerda es que, de un momento a otro, toda aquella animación cesó, las voces se acallaron y lo que era una tenue luz se apagó, sumergiendo todo en una neblina tan densa que parecía convertirlo en una ensoñación. Se vio de pronto cerca de las brasas encendidas donde asó las tortillas, entonces sintió

cerca suyo la tibia presencia de la niña, la tomó en sus brazos y regresó.

Como es de suponer, todo fue fiesta y celebración, hasta mi abuela salió ganando, porque sin saber cómo ni cuándo, como si fuera cosa de duendes, en el potrero de su casa, no solo una vaca le apareció, sino dos.

Mireya en su barrio campesino

María del Rocío Hernández Segura

Recuerdo que contaban que mi abuelo, un campesino muy laborioso, construyó una pequeña casita con un cuarto y una troja piso de tierra, la cual ya estaba cargada de leña picada. Que se sentó en el tronco del árbol recién cortado, pensando que, al día siguiente, a las 6 de la mañana, sería su boda y ahí llevaría a la que sería su esposa.

Por otra parte, Mireya, mi abuela, que fue criada por su abuela, una matrona que comerciaba en el Paso de la Vaca los productos que producían los campesinos de Getsemaní de San Rafael de Heredia, era la mayor entre veinticinco hermanos. En medio de tanto trabajo y pobreza, esa niña creció con la ilusión de un día salir a trabajar en una casa, para ayudar a su familia.

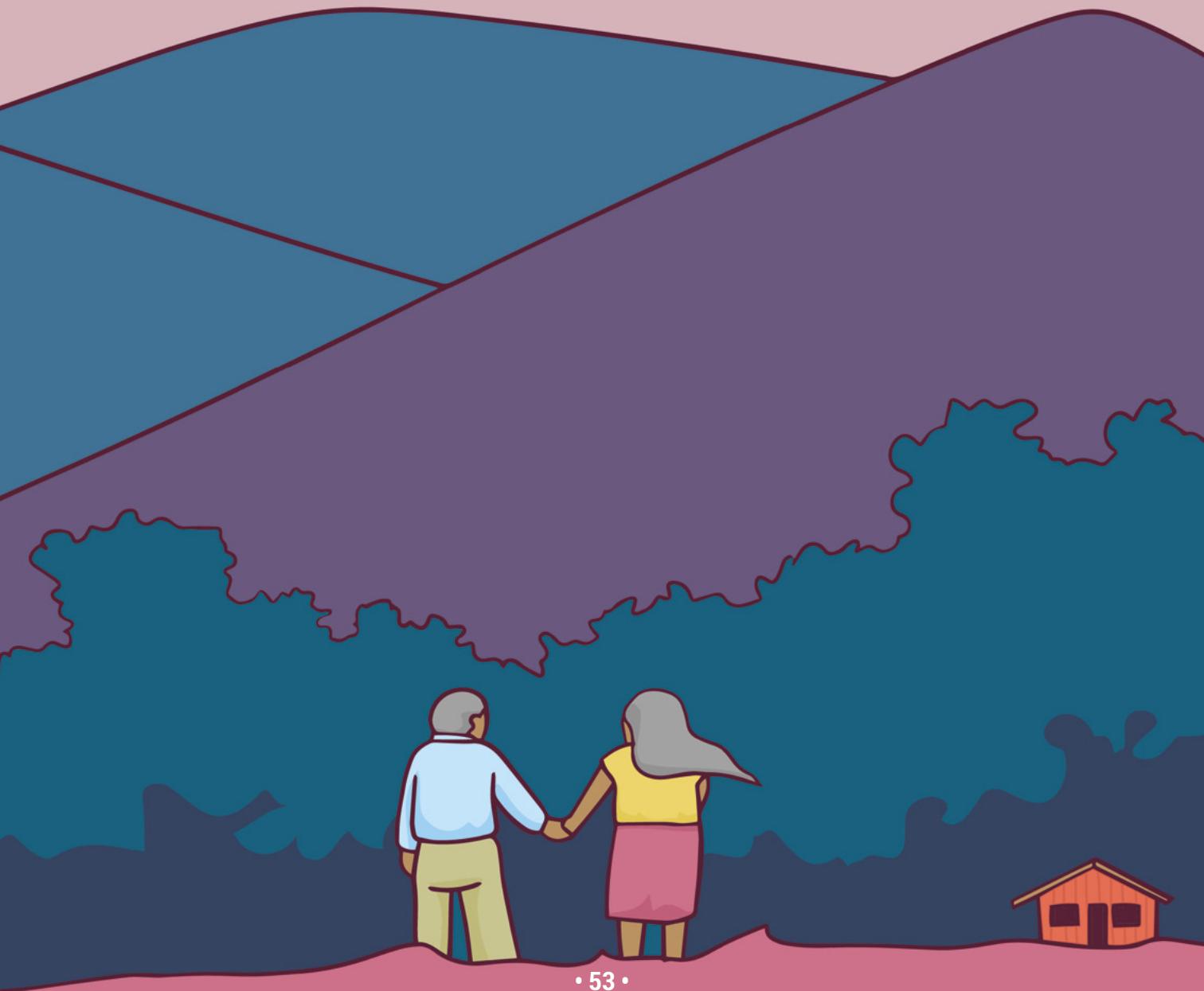
Así fue como llegó a Escazú, a trabajar con los Crespo y después de varios años de trabajar ahí, en una Semana Santa de

las que cerraban todo, se encontró con que la única pulpería estaba cerrada, y aquel campesino, muy cortés, le ofreció su pan.

Cuentan que el día que mi abuela se casó con mi abuelo, tuvo que caminar cuatro kilómetros hasta aquella casita en Guachipelín que preparó mi abuelo, porque carros o buses no había en ese escondido lugar. Dicen que no había una sola casa, solo cafetales, potreros, maízales y millales en un largo caminito donde apenas pasaban algunos campesinos montados a caballo.

Mi abuela llegó hasta el tercer grado de la escuela, pero tenía una gran visión. Llegó a ser una mini empresaria que tuvo la gracia de cuidar además de sus hijos, a los cuatro de don Tobías Delgado, e incluso otros más.

Nos enseñó a trabajar ordeñando,



arreando vacas, cuidando chanchos, haciendo cercas de alambre y en la granja quiso que saliéramos a estudiar, fuéramos valientes y esforzados.

Como una gran mujer emprendedora, fue comerciante y agricultora que sembraba lo que comía, veterinaria que cuidaba su ganado y criaba cerdos para vender la carne.

La vi varias veces esperar, en la madrugada, el parto de las vacas dándoles sal tostada con hojas del árbol de poró para que se restablecieran; o velar a las cerdas, para quitarles a cada chanchito recién nacido la tela que cubre su nariz para que no se ahogaran y que todo saliera bien al contar, a veces, hasta catorce chanchitos.

Y fue la esposa del mejor jardinero que tenía la Agencia Datsun, madre de muchos, maestra que apenas llegó al tercer grado, doctora que nos curaba con saliva y un beso. Buena hija y hermana, gran amiga querida de muchos vecinos.

Mi abuela recién observó el final del camino, donde la condujo mi abuelo,

y allí vio al fin un ranchito. —Hemos llegado—. Mientras ella encendía el fuego para alistar el almuerzo, buscó agua y notó que no había tuberías, ni una bolsa para chorrear café. Tomó un balde y botellas de vidrio llenas de agua que su joven campesino laborioso había traído.

Ahí empezó a hacer sus negocios, compró una vaca y gallinas y empezó a forjar su futuro. Miró a su alrededor y vio que no había cercas dividiendo los terrenos, solo una gran sábana de potrero reseca por el sol de verano, un lugar lleno de polvo, sin flores ni plantas, una campiña campesina donde dos o tres agricultores pasaban a trabajar la tierra que los vio nacer.

Ahí conoció a don Alfredo, que venía de Escazú tres días a la semana y le traía tapa de dulce, café y harina para hacer el pan casero cada día, y con eso le pagaba lo que traía. Con la siembra de millo ya lista para recortar, se iba a venderlo la casa de don Chalito Rojas, el peluquero, y su esposa doña Clemen. Él tenía una máquina para hacer escobas y las vendía a las familias de Guachipelín, recogía los sacos de semilla de millo y se los devolvía para sembrar de nuevo y alimentar a las gallinas.

Con Nicio Herrera, que sembraba el maíz al frente de nuestra casa, ella convenía el intercambio de huevos, leche, natilla, chorreadas y cosposas que ella hacía, por dos sacos llenos de elotes tiernos. Por la tarde, antes de anochecer, nos sentábamos con mis papás a merendarlos con mantequilla.

Cerca de la casa, el lote de don Salvador Flores tenía un cafetal que protegía con una cerca de palos de chumico, manzana rosa, jocotes, cuajinicuiles y varios palotes de banano y guineo negro que nos regalaba. Con esos guineos, mi abuela nos hacía una sopita negra con los frijoles frescos que tenía en la cocina de leña.

Cuentan que una vez que hubo un cambio de alcalde, Mireya, se fue a Escazú para hablar con don Enrique Segura Seco y le pidió que le ayudara con la instalación de tuberías de agua y el lastre para arreglar la calle Matapalo, así fue como llegó el agua a las seis familias que ya vivían en aquella pequeña campiña.

Junto con la llegada del agua potable, el primer indicio de transformación económica de aquel sector de Guachipelín fue la llegada de unos españoles, don Jaime Casellas y su esposa doña Cristina, quienes construyeron una gran casa de color amarillo, la más bonita del lugar, e instalaron una granja de pollos con muchos empleados.

Conforme pasaban los años, Mireya, muy amiga de los nuevos vecinos, les vendía comidas a los empleados, y también iba a pie a vender huevos y leche al frente de donde hoy está el Costa Rica Country Club.

La primera pulpería de la calle Matapalo la puso mi abuela Mireya, se llamaba “Mini Norte”. Como había ya muchas construcciones de residenciales, como Los Laureles, los peones iban a comprarle. Me acuerdo que muchas veces fui con mi prima Ceci a dejar los almuerzos por los trillos del potrero en calle la Ceiba, donde hoy está el convento de las Carmelitas Descalzas.

Así el tiempo fue pasando y con él fue cambiando el lugar, el paisaje y el barrio, llegaron don William y Tatai, unos taiwaneses que instalaron una fábrica de cerámica donde hoy se encuentra la tienda Aliss. Luego apareció Multiplaza Escazú, que dicen que lo construyó un consorcio y lo fue haciendo por etapas.

Por su parte, si bien no era un consorcio, Mireya pudo construir once casas. Las primeras dos se le quemaron en un incendio. Pero las tragedias no la detenían y aquel 23 de octubre de 1997, ella venía en un camión de carga con setenta y seis cajas de piso cerámico que recién había comprado para terminar lo único que faltaba a su casa número once. Frente el puente donde está el laboratorio Raven, había que desviarse a mano derecha y cruzar, aún no había túnel para llegar a los 400 metros donde estaba nuestra casa.

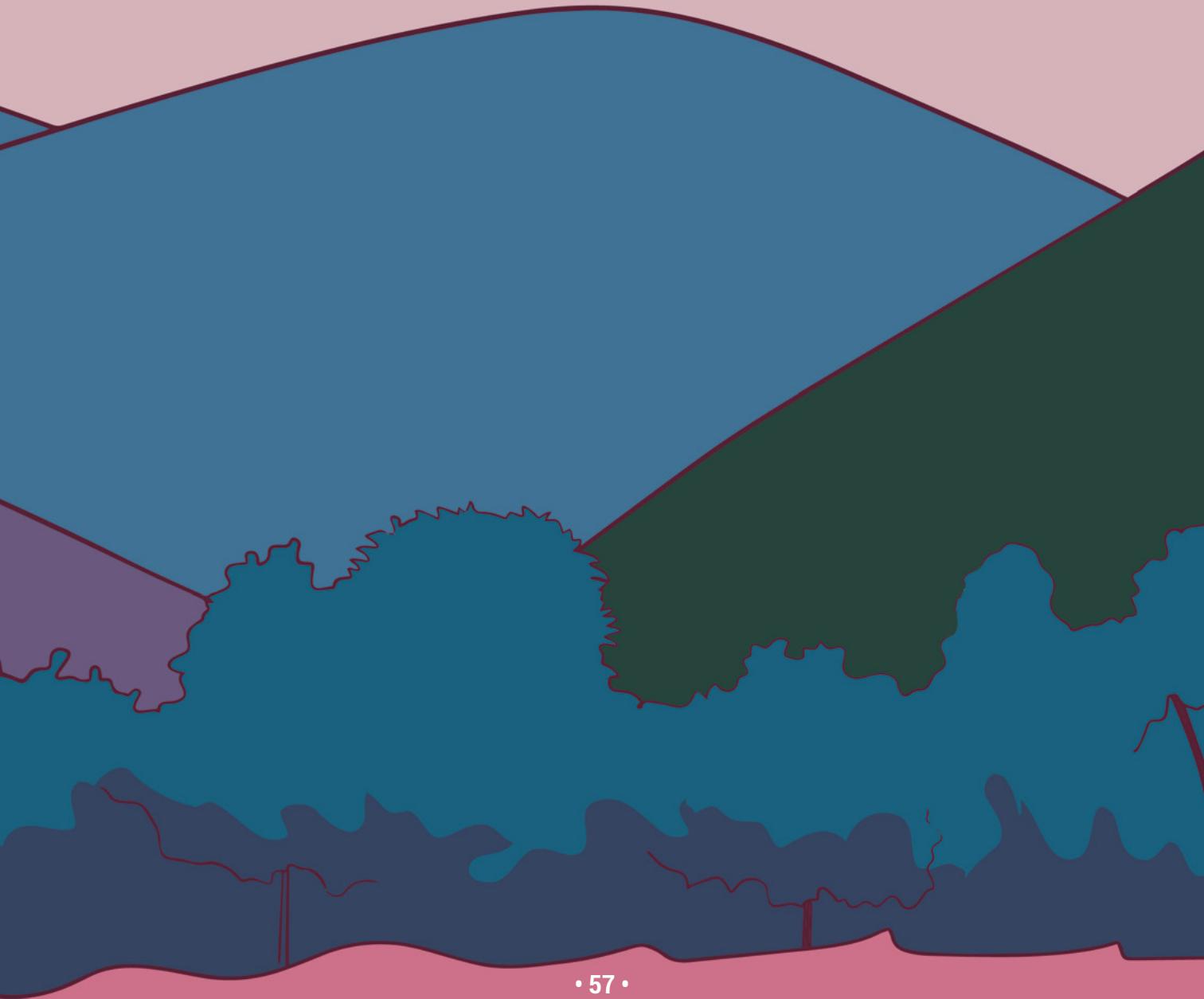
Detrás del camión, una joven de tan solo 18 años que venía estrenando su carro, los chocó por detrás. El golpe los hizo dar la vuelta y volcarse. Quedaron bajo el camión, y en ese momento doña Mireya fue llamada por el Creador, en la misma autopista donde vio crecer y morir a mi

pueblo campesino, con el desarrollo de la nueva gran ciudad.

Pero quedó la esperanza, al darnos cuenta que mi sobrinita de tres años, que venía con ella, estaba viva de milagro. La niña nos cuenta que vino alguien con muchas luces y ella subió al cielo con abuela por unas gradas y vio a Dios, pero se devolvió.

Cinco años después del accidente, se fue con ella el joven esposo que la trajo hasta aquí.

El día de su matrimonio, al siguiente de que mi abuelo se sentara en aquel tronco, iba mi abuela Mireya vestida de blanco con su cabello suelto, sonriendo y caminando por un sendero lleno de coloridas flores muy perfumadas. Ahí donde todo es luz, se pasea con aquel que un día la pidió en matrimonio y ambos mirando hacia el horizonte. Y así el Amor que un día les dio permiso de estar a mi lado, luego vino hacia calle Matapalo, donde hoy se encuentra Multiplaza Escazú, los llamó por su nombre y se los llevó donde hay vida eterna.



Angelita

Yessica Arce Montoya

En 1936 nació Angelita, la protagonista de las siguientes anécdotas, quien asegura que su papá y su mamá eran muy buenos y que su infancia fue hermosa y tranquila, llena de historias que se quedaron con ella para siempre.

4:00 am: La Taza

En la casa yo era la que hacía los mandados y le dejaba el almuerzo a papá, era la más chiquitilla, entonces era la de los mandados. Mamá le compró a papá, para mandarle el almuerzo, una tacita como de porcelana con tapita para que la comida se conservara caliente, entonces un día yo fui a dejarle el almuerzo y cuando terminó le dije:

—Papá ya me voy.

Yo iba distraída, dejé caer la bolsa, y se quebró la taza, entonces me devolví llorando donde papá:

—¡Papá vea! Se me cayó porque yo andaba cogiendo florcitas, entonces dejé caer la taza, ahora mamá se va a enojar porque esta taza es para su almuerzo, para que coma calentito.

Y dijo papá:

—No se preocupe, déjeme la bolsa aquí y vaya tranquila.

—¿Qué le digo a mamá?

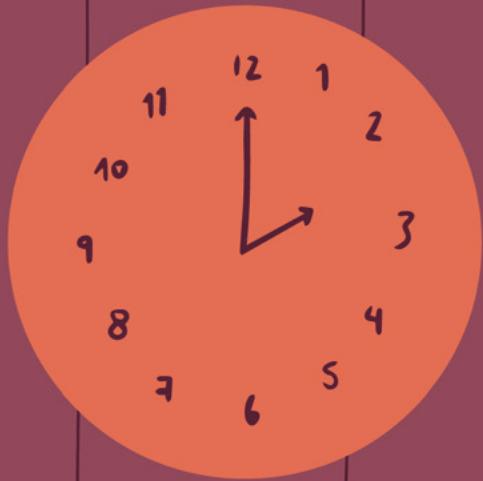
—No le diga nada, yo le digo cuando llego.

Cuando llegó papá, comenzó mamá a sacar los trastes del almuerzo y dijo:

—¡Y esto! ¿qué pasó?

—Ay se quebró, no se preocupe.

Pero mi papá no le dijo que fui yo quien la quebró.



• 59 •

Como decía mi abuela

6: 00 a.m. El Peón

Como yo era la que le llevaba el almuerzo a mi papá, un día cuando llegué a dejárselo me dijo:

—Mirá, no ves que no vino el peón a ayudarme.

—Ay papá, no se preocupe yo le ayudo, córteme una varilla que yo pueda manejar y yo le voy a ayudar.

—¿De veras?

—Sí, yo le ayudo papá.

Comencé a darle a los frijoles en el manteado, con la varilla que papi me dio. Así que terminamos, llenamos muchos sacos de frijoles y llegó el boyero a llevarse la carga para la casa, entonces dijo papá:

—Ahora te voy a dar un premio porque me ayudaste.

Había una cosa que me dijo que no me gustó, me dijo:

—¡Si hubieras sido hombre vos! —, entonces yo arranqué, —¡Ay por qué voy a ser hombre! ¡Si soy mujer, así me hizo Dios!

—Porque me ayudaste como si hubieras sido un peón.

—Bueno eso es otra cosa diferente, pero no me diga que si hubiera sido hombre, porque yo estoy feliz de ser una chiquita.

Cargaron los sacos de frijoles, eran cinco o yo no sé cuántos sacos, y en el último saco papá me sentó para que fuera en carreta hasta la casa, ese fue el premio que me dio, llevarme en carreta hasta la casa.

8:00 a.m. Las cuitas

Era un domingo, mamá tenía que ir donde mi tía a San Pedro de Poás y dijo:

—Angelita no va a ir, porque está enfermita, mejor que se quede en la casa acostada.

Porque según yo, estaba enferma, pero era que yo quería hacer otra cosa, ir a jugar al potrero a resbalar. Papá vio que yo no estaba en la casa, entonces salió al portón a ver dónde estaba yo y me vio:

—¡Venga acá! ¿Con que estaba enferma y por eso no fue a misa?

—¡Papacito, perdóneme, perdóneme!

Y me voy hincando debajo de un palo donde dormían las gallinas para pedirle

perdón, y —¿qué cree que había debajo del palo? —, y ahí me hincué.

10:00 a.m. El Bus

Yo andaba con mi mamá por todo lado, mamá decía —voy a San José, y yo iba con ella, pero sentada en los regazos para no pagar, pero ya fui creciendo y un día dijo el cobrador:

—¡Diay señora, ya usted no se ve porque la chiquita se hizo grande!, ya la tapa a usted, ya tiene que sentarla a la par suya y darme los dos pases.

Y entonces mamá dijo:

—Ya no la vuelvo a traer.

12:00 md El gusano

Estábamos cogiendo café y yo sabía que a mi hermana María le daban pánico los gusanos, entonces yo le eché un palillo de café por la espalda y le dije:

—¡Ahí le eché un gusano!

Y comenzó María a pegar brincos. Ya se le iba a regar el café del canasto. Y entre risas le digo yo:

—No, solo era un palito que le eché, no

era un gusano.

—¡Ay usted sí que es!

Es que yo era muy tremenda.

En 1985 nació Tita, que es la señora más linda de todas y no es porque sea mi abuelita que lo digo, es cierto... Si yo la veo en la calle aunque no sea nada mío yo diría ¡que señora más linda! Las siguientes anécdotas que viví con ella las recuerdo con mucho cariño.

2:00 p.m. La Ardilla

—¡Tita, Tita, vengaaaaa!

—¿Qué pasó Yekita?

—¡Se metió una ardilla en mi closet!

—Ay mamita, tranquila, ya la vamos a sacar.

Mientras la ardilla botaba toda mi ropa y mis cosas, entre gritos nerviosos y risas Tita pudo sacar la ardilla.

*Ninguna ardilla fue herida durante la vivencia de esta anécdota.

4:00 p.m. La Confusión

Ese día había salido a hacer mandados con Tita a un montón de lugares, no recuerdo bien donde, pero estaba cansada de tanto caminar.

Ella siempre usaba un chaleco como de lana creo, me parece que era color celeste. Pues, estando en el bus, a dos paradas antes de la que nos correspondía bajar, Tita se bajó del bus por la puerta de atrás y yo fui detrás de ella, mientras ella cruzaba la calle yo le dije:

—Tita ¿y ahora dónde vamos?

Me volvió a ver y para mi sorpresa ¡no era Tita! ¡Oh por Dios! Todo se detuvo, pero en ese momento escuché detrás de mí:

—¡Diay Yessica! ¿para dónde va?

—¡Ay Tita, yo pensé que ella era usted!!

—¡Jajajaja, no mamita, aquí estoy! Vamos, ahora nos toca caminar más.

Y por no fijarme bien, me tocó caminar más de la cuenta hasta la casa.

6:00 p.m. La carga

Cuando estaba en el cole y llegaba a mi casa, siempre pasaba primero por donde

Tita para saludarla, pero siempre lo primero que me decía era:

—¡Quítese esa carga! Y yo—, pero Tita,

— Hola ¿cómo está?

—¡Que se quite esa carga que le hace daño a la espalda! — Toda brava.

Y ya me quitaba yo el bolso. Y de inmediato el cambio:

—Ya, ahora sí mi chiquita, ¿cómo le fue mi amor?, ¿quiere una arepita?

8:00 p.m. El Rosario

Tita reza el rosario todos los días, cuando yo estaba pequeña y tenía la suerte de llegar al cuarto de ella mientras rezaba me decía:

—Venga la invito a rezar.

Y yo me sentía como en las caricaturas con un angelito de un lado y un diablillo del otro... El angelito me decía —¡sí, sí vaya! — y el diablillo me decía —¡ay qué pereza!

Bueno, siempre ganaba el angelito, seguro como Tita se llama Ángela, alguna influencia tenía con los ángeles.

Estas historias reflejan una vida realmente feliz. Así es ella, una persona alegre, divertida, llena de Fe y amor hacia Dios y hacia María. Tita es amable, generosa, siempre ayuda a quien lo necesite y

siempre da buenos consejos. Doy gracias a Dios por Tita, realmente para mí es un orgullo decir que soy nieta de Angelita.



A mi tía abuela, Elvia Fernández: Tía

Katherine Masís Agüero

En mis primeras memorias está y desde mi recuerdo infante, su pelo largo y blanco, su cálido tono de voz y su paciencia al andar; permanecen en mí.

—¡Qué ilusión cuando llegaban fechas especiales como Semana Santa y sabíamos que subiríamos donde “Tía”!
— Como todos en la familia solíamos llamarle.

Una casa de piso de tierra en la parte alta de Barrio El Carmen, San Antonio de Escazú, siempre aseada, llena de matitas bien pegadas en tarros de leche y un frente barrido con escoba de hojas, de lo que llamaban escobilla, y bien “ruciado”. Era el primer paisaje que divisábamos al llegar y como una perfecta fotografía: ella esperando en la puerta ya lista con pañuelo en la cabeza y su inseparable delantal.

Llegábamos toda la prole: mi mamá, mi abuela Tuti, mis tres hermanos, primos, tíos y sus esposas. Y ella, siempre alegre de vernos llegar.

Ya el horno de barro en el patio de atrás con las brasas a todo dar, era el inicio del ritual de lo que ella más amaba hacer: pan casero, bizcocho y rosquillas.

—Aquí nadie toca nada hasta que no se laven las manos—. Nos decía a los más chiquillos, como un regaño que, en su dulce voz, jamás sonó a regaño.

Y corran todos los que querían estar a la par de ella, siguiendo sus instrucciones para empezar. El olor a levadura era mi preferido, hasta el día de hoy, permanece en mis sentidos y me hace recordarla con nostalgia.

Con la paciencia que la caracterizaba,



cortaba pedacitos de hojas de plátano y repartía a cada chiquillo, junto con una pelotita de masa, para que pudiéramos hacer nuestros propios bollos de pan. Claro, viendo la torpeza de nuestras pequeñas manos, ella ideó que hiciéramos nuestras propias creaciones; así surgieron los ositos deformes de pan.

Los mayores se aburrían rápido, a mí me encantaba permanecer cerca de ella, observar aquellas manos fuertes y cómo usaba el vaivén de su cuerpo para amasar. Tenía una agilidad y rapidez que, en mi adultez, me he dado cuenta, intento imitar.

La fuerza que aun, sin darse cuenta transmitía, se fue transformando con el pasar del tiempo; como la luz de las candelillas que veíamos en el patio de atrás en las frías noches de verano. Así su luz y su energía se fueron convirtiendo, aun fuertes, pero intermitentes.

La marca del tiempo fue pasando por su rostro y su delgado cuerpo, pero nunca sobre aquella energía y entusiasmo de vivir, ella siempre tenía que estar haciendo algo. Por eso, los últimos días, mi alma afligida lloraba y deseaba verle

de nuevo en sus andanzas. De ellas solo queda la gran herencia que dejó en este plano a sus queridos hijos y nietos.

Gratitud y orgullo de haber nacido bajo su descendencia, cargada de humildad, fortaleza y valentía, a como también, de haber tenido la oportunidad de darle el último beso con sabor a sal en su frente, el día que me tocó despedirme de ella: —Te amo Tía—, fueron mis últimas palabras para ella...



Remembranzas en una tarde de verano

Silvia Vanessa Umaña Vargas

Era una tarde de verano del mes de marzo, el reloj de la iglesia me indicaba las tres de la tarde. Estaba sentada en la banqueta del corredor de mi abuela, observando a las personas ir y venir. Los niños jugaban en el parque, mientras el árbol de pino les daba sombra. Abuela salió y se sentó a la par mía, se quedó observando y me dijo —¡qué hermoso haber nacido en San Antonio de Escazú, tierra donde se vive el folklor e irradia la idiosincrasia del campesino!

Abuela había sido la menor de seis hermanas y aprendió las costumbres y oficios del hogar descalza, corriendo por los potreros. En los inviernos caminaba sobre los desagües para ver levantarse el agua que corría por ellos, jugando cocinita, haciendo ranchos de hojas de guineo en el cafetal, resbalando en los

paredones con tablas y cartones con esperma de candela o de higuierilla.

Mientras seguíamos sentadas en la banqueta vimos un grupo de niños de la escuela correr ferozmente hacia el parque, abuela los observaba detenidamente y me dijo —cuando estaba en segundo grado de la escuela, con ocho años, una compañera que yo creo no le caía bien, le dijo a la maestra que yo le había dicho “vieja”, eso no era cierto.

La maestra le creyó y se vino para mi casa a ponerle la queja a mi mamá, que por cierto era muy brava, y ella, enfurecida, me jaló de un brazo y me llevó a la baranda de mi casa, donde me amarró y me dio una chilillada con una varilla de café —¡imagínese los gritos míos y las marcas que me quedaron!— Gracias a



dos maestras que pasaron por la casa y le dijeron a mamá que eso no se hacía, que me soltara; si no, quién sabe qué hubiera pasado —¡No lo sé!— Con el tiempo la maestra y mamá descubrieron que el chisme era mentira y las dos manifestaron su dolor, principalmente mamá.

Abuela se levantó de la banqueta y me dijo —le voy hacer un chocolate muchacha, para que tome café y seguimos conversando—. Ella entró y lo preparó mientras yo esperaba detenidamente. El reloj de la iglesia tocó la media y ya eran las 3:30 pm.

Abuela salió con el chocolate y un pedacito de pan, y le dije —abuela, si mi bisabuela Regina era tan brava, ¿cómo era mi bisabuelo Roberto? — Ella contestó:

—Con papá aprendí e hice cosas valiosas; viví experiencias maravillosas e inolvidables; siempre fui muy unida a él, siempre le acompañé en los ensayos de música de la Banda Municipal de Escazú y en las procesiones. Yo era su atril, sosteniéndole las partituras que iba entonando, mientras él tocaba su clarinete. Cogí café en su finquita, deslanaba las matitas, recolectaba café

del suelo, a lo que se le llamaba “juntar café”, iba al recibidor a dejar café con un saquito de gangoche al hombro. Me encantaba coger las papas que papá sembraba, —¡qué rico ver salir las papitas de la tierra y hacerse una sopita! — dijo alegremente—. Con papá inicié desde niña los recorridos de los famosos rezos del niño, que eran muy diferentes a los actuales.

En una ocasión fui a un rezo del niño, con papá y su grupo. Yo ya rezaba y cantaba a la vez. En esa casa solo había hombres, todos bien borrachos, y las mujeres que había, que eran pocas, estaban en la cocina, en un fogón, moviendo las ollas de comida. Nosotros comenzamos el rezo porque nadie indicaba nada, los mismos músicos contestaban. De pronto apareció un borracho con una cuchilla en la mano y me decía: —¡quiere que la mate!, ¡quiere que la mate! — Y se moría de la risa—. Terminé el rosario no sé ni cómo, de feria se había muerto un tío y teníamos que ir a la vela. Le dije a papá que nos fuéramos de ahí.

Uno de los músicos se quedó, porque ya le habían calentado el estómago con

guaro. Seguro hicieron tanto desorden que al otro día nos dimos cuenta que amaneció amarrado a un árbol, en un cafetal cercano al lugar donde fue el “rezo”, por dicha no le hicieron daño.

Otro día yendo para San Rafael de Santa Ana a officiar otro rezo del niño, papá contrató un carro de esos tipos Jeep destapado, para que nos llevara. Cuando íbamos por el Alto de las Palomas, algo se cayó y rodó. Decía Nene Azofeifa “Manus”, mi tío, —¡Mis instrumentos! ¡Mis instrumentos!—, paramos, nos bajamos a buscar en una gran oscuridad y no veíamos nada de lo que buscábamos. Después de un rato —¿sabe cuáles fueron los instrumentos que encontramos? — Dos tapas de olla de aluminio un poco arrugadas que para él eran los platillos para el acompañamiento, junto con dos palitos de madera que también eran para acompañar.

A la hora del rezo, “Pancho Taco”, que era un guitarrista muy conocido en el pueblo, comenzó a reírse de papá porque se emocionaba mucho tocando el clarinete o el violín, Nene lo vio y se lo reservó, pero Pancho siguió con lo

mismo. Nene se enfureció tanto que lo agarró del cuello, le metió las uñas que parecían garfios de gavilán y le dijo: —“Esto es para que usted respete a mi hermano”—. ¡Que susto me llevé! Pues yo venía sentada a la par de Pancho y le pedía a Nene que por favor lo soltara, yo tenía entre diez y once años.

El reloj de la iglesia ya sonaba las cuatro campanadas, yo me había terminado mi chocolate y mi pan, cuando abuela muy emocionada me siguió contando acerca de su vida y sus anécdotas.

En el año 1962 participé como candidata para reina de los festejos patronales de San Miguel, siempre se hacía solo con muchachas de Escazú centro, pero ese año participaron los distritos de San Antonio y San Rafael. En el cine de Escazú fue la presentación de candidatas en un acto muy lindo, no gané el reinado, pero me nombraron Madrina de los festejos, me sentí muy contenta. El famoso tope salía al frente de la Municipalidad, todo el pueblo estaba reunido: la reina, las damas y la madrina, ese año por primera vez desfilaríamos montadas a caballo en ancas a medio lado, con un jinete que nos

llevaba y yo lucía un hermoso traje que cubría la parte trasera del animal.

Los escrutinios se hacían en el Salón Atlético, y por la tarde se hacía el baile social en la Unión Deportiva Escazuqueña, en mi casa nunca me dejaban ir a bailes, sin embargo, para esa ocasión, me dije —¡Dios mío!— Me arriesgo, aunque después me castiguen. Por dicha papá no se dio cuenta y no pasó nada.

Me fui para el baile y el que iba conmigo en el caballo, en un momento en que yo iba agarrada de su cintura, me dio un apretón de mano. Me saltó el corazón, fue algo tan difícil de describir y dije, este es mi galán, yo sentí quererlo “amor a primera vista”. Pasamos una tarde muy linda y siempre recordamos que la primera pieza que bailamos ese día fue “Brasil”. Y hasta el día de hoy, después de 57 años de matrimonio, siempre que la escuchamos nos revive el sentimiento.

El reloj de la iglesia ya tocaba las cinco campanadas, nos quedamos en silencio, la miré y abuela me dijo: -es algo maravilloso haber vivido en esos tiempos, los bailes con marimba en la panadería Protti, las carreras de cintas que se hacían al lado

arriba de la iglesia, las mascaradas, las comidas típicas de las fiestas patronales, a las que no faltaba ninguna familia. ¡Qué nostalgia me traen todos estos recuerdos y pasajes de mi vida!

Ya la tarde estaba cayendo, abuela tenía que ir a hacer la comida, como todas las noches, con su delantal negro desteñido. Yo me fui caminado para mi casa pensando: esa es mi abuela, Idalié Azofeifa Flores, la “niña” Idalié de muchos escazuqueños, amante del folklor, la marimba y la música, la abuela amorosa que siempre nos espera a todos con una sonrisa y los brazos abiertos.

• 73 •

Como decía mi abuela

Un encuentro con Braulia López

Jenny Mena López

“A veces en las tardes una cara nos mira desde el fondo de un espejo; el arte debe ser como ese espejo que nos revela nuestra propia cara”

Jorge Luis Borges

Era una mañana resplandeciente del mes de marzo de 1965, el sol intenso quemaba su rostro y sus hombros, el olor a mar rodeaba todo su ser, sin embargo, ella solo pensaba en llegar a la empacadora de camarones. Esta joven porteña, quinceañera, de piel bronceada, pequeña, con cabello color de obsidiana, abría sus pequeños ojos cafés haciendo múltiples gestos con su cara, gestos todos tan diferentes que ni conociéndola se podían adivinar todos sus pensamientos. Su cabello crespo y negro le llegaba a media espalda, tenía varios lunares en su rostro, sobresalía uno en especial en su mejilla izquierda, sus labios delgados y sus manos pequeñas se parecían a las de

su padre, del cual no conoció mucho, tan solo que fue enterrado en Chacarita.

Ahí iba ella caminando por las calles de El Carmen, llevaba un vestido rojo, el cabello suelto y una bolsa en su mano, su andar era firme y apresurado, recorría caminos pedregosos hasta llegar a la empacadora de camarones. Ella trabajaba en este lugar de lunes a sábado de 7:00 am a 5:00 pm. Al salir podía disfrutar de los colores naranjas, amarillos y azules del cielo, justamente cuando el sol se iba apagando y el calor disminuía, divisaba esos atardeceres mientras caminaba de regreso a su casa. Al día siguiente tenía la misma travesía porque le esperaba su



tarea de empacar camarones, así debía resistir hasta llegar el fin de semana y recibir su pago, cada día recibía una ficha plástica, las guardaba y el sábado se las cambiaban por dinero.

Mientras admiraba el cielo multicolor pensaba en todo lo que debía hacer con ese pago, no era sencillo velar por sí misma, porque su abuela, que la cuidó desde pequeña, había caído en cama debido a una enfermedad. En esa rutina necesaria para sobrevivir pasaba sus días, semanas, meses sin quejarse, ella siempre luchaba, quizás por eso trabajaba duro, para esperar algo mejor que un pago cuando terminaba la semana.

Pasó una semana y se quedó sin trabajo, así que viajó en lancha rumbo a San José, en busca de uno nuevo. Lo encontró con la familia Mora, la casa se ubicaba en el Barrio La Salle.

Un viernes, en su tiempo de descanso, viajó hasta el centro de Escazú, allí se sentó en una banca del parque que en esa época tenía abundantes árboles robles sabana, las hojas de los árboles caían con su típico color rosado claro, dando la impresión de una alfombra de flores

alrededor de los árboles, se escuchaban los pájaros cantando y volando de árbol en árbol, corría una brisa fresca en el lugar.

En una punta de la banca estaba ella y de pronto, llegó otra mujer que se sentó en la otra punta de la misma banca. Y entablaron una conversación.

—Muchacha ¿usted es de Escazú?

—Sí, hace poco me vine a trabajar aquí, pero vengo de otra provincia.

En ese preciso momento, la señora sentada en la otra punta de la banca sintió que ya había vivido ese momento, y sin pensarlo mucho dijo:

—Usted vivía en El Carmen de Puntarenas.

—Sí—, contestó ella.

—Usted se llama Braulia López. Yo también soy Braulia López. Este es el año 2021.

—¡No! —respondió con voz temblorosa la muchacha.

—Yo hace poco llegué a Escazú y este es el año 1965, yo salí de mi trabajo y vine a sentarme aquí para descansar un rato.

Lo extraño es que nos parecemos, pero usted es mucho mayor que yo.

La señora Braulia mostraba con sus manos su recorrido por los años, su cabello corto ya mostraba algunas canas, no había casi lunares en su cara, sin embargo, mantenía los variados gestos de su cara, esos gestos que reflejaban mucho de su personalidad y que quien la conocía, no podía ignorarlos. Vestía una blusa floreada y un pantalón café, su seguridad al hablar revelaba su madurez y experiencia.

—Le voy a demostrar que no miento muchacha, su abuela la cuidó, usted trabajó en una camaronera, usted guarda una estampita de la Virgen de los Ángeles que fue de su mamá.

—Eso no es prueba de que seamos la misma persona, es algo sinsentido, no lo creo, estoy tan cansada que fijo lo estoy soñando—, interrumpió la muchacha.

—Puede ser que usted tenga razón y que este encuentro no sea real, sino parte de nuestra imaginación ¿Y no tiene curiosidad por saber algo de mi pasado?

—Claro que tengo curiosidad. Cuénteme lo que usted quiera.

—Mamá murió a sus noventa y dos años, la abuela también ya hace años murió debido a una enfermedad. Nuestra hermana menor tuvo una hija. Los otros hermanos hicieron su vida y tienen varios hijos.

La muchacha pensativa pregunta

—¿y usted tiene hijos?

—Sí tengo cuatro hijos, tres mujeres y un varón, dos son educadoras, uno está estudiando aún.

La muchacha suspiró al escuchar aquello. Pensaba en lo complicado que habría sido construir esa familia. La señora Braulia continuó —hubo una pandemia que inició en 2019, los países tuvieron que confinar a las personas para evitar los contagios, esto ha afectado mucho la economía del país, además de los serios problemas por el consumismo, la contaminación, la deforestación, y el cambio climático que ha traído consecuencias muy serias que afectan mucho este país.

La muchacha admirada por todo lo que

contaba la señora, la miró y se animó a preguntarle

—¿Qué pasó con Escazú?

—Escazú ha cambiado, los cerros siguen allá en lo alto, pero muchos quieren explotarlos, el agua escasea, el costo de la vida cada día es mayor, el parque ha cambiado, como todo, los boyeros aún existen, hasta hay un Día del Boyero que fue declarado tradición el 25 de noviembre del 2005. Los robles sabana los quisieron cortar, pero están aún en este parque, al igual que los cerros. Este lugar ha visto nacer personas famosas y profesionales.

La señora dijo que sería bueno volverse a encontrar y sin pensarlo mucho sacó una hoja doblada en cuatro y se la entregó a la muchacha.

—Sí, me debo retirar—, expresó la joven levantándose porque se le hacía tarde para volver a su trabajo.

Cada una se levantó de la banca y se fueron por caminos diferentes. La joven asombrada agarró el papel y acordaron encontrarse en ese parque a la misma hora el siguiente día.

La muchacha al llegar a la casa de la familia Mora abrió el papel y lo leyó:

Mi mamá es porteña.

*Nunca ha negado sus raíces,
desde muy joven se vino sin
maletas.*

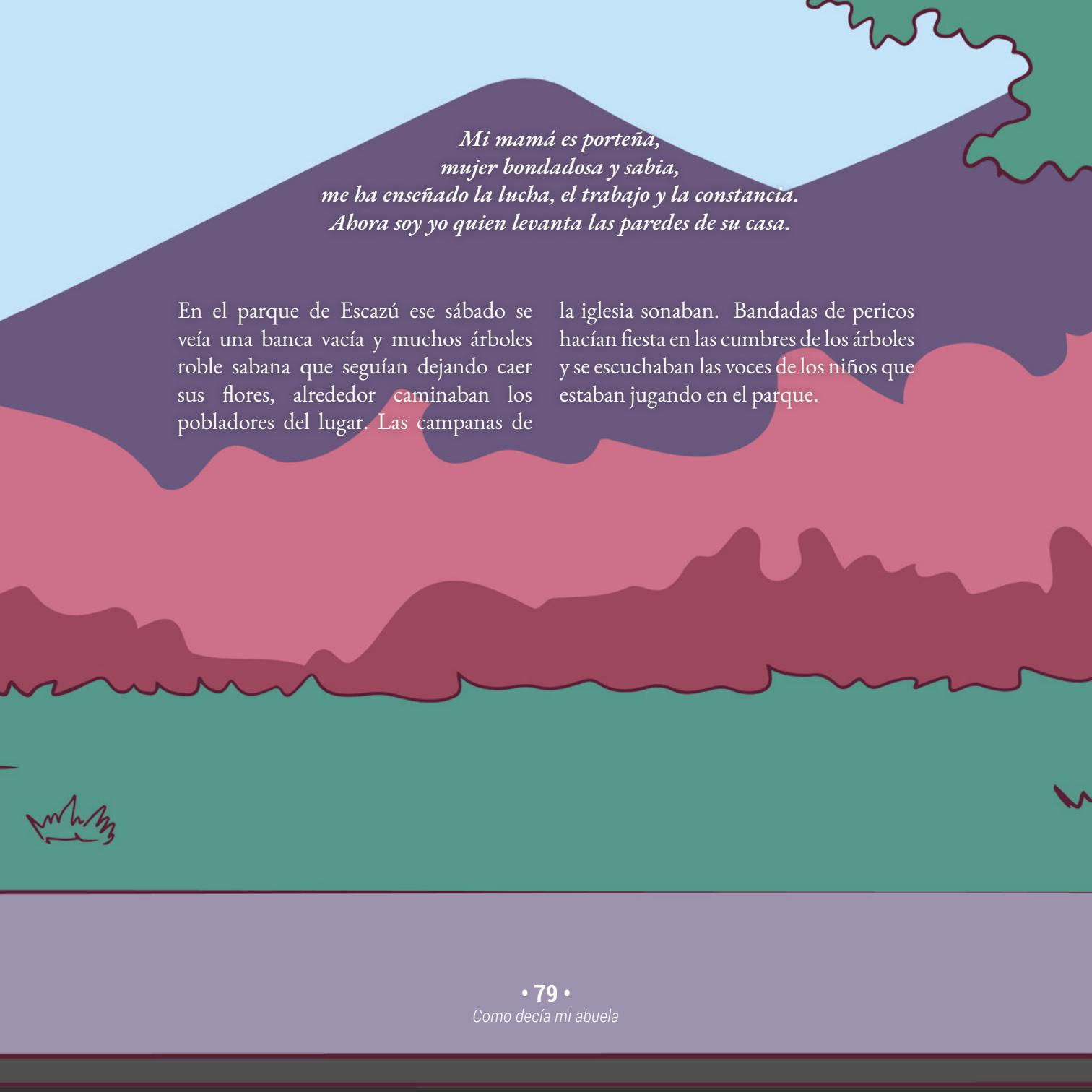
*Solo trajo un puñado de lucha a
cuestas.*

*Llegó a Escazú a trabajar por sus
sueños.*

*Ella nunca dejó de luchar por
educar a su descendencia,
con el paso del tiempo construyó
paredes de esperanza,
labró su jardín con esencias,
levantó el umbral por donde
entraban sus fortalezas,
colocó el techo sin límites para
poder ver la extensión del
universo, pintó con colores nuestros
días, picó, paleó y zanjó nuestros
cimientos.*

*El hogar fue establecido con sudor,
lágrimas y sangre.*

*Y formó hijos con principios y
valores.*



*Mi mamá es porteña,
mujer bondadosa y sabia,
me ha enseñado la lucha, el trabajo y la constancia.
Ahora soy yo quien levanta las paredes de su casa.*

En el parque de Escazú ese sábado se veía una banca vacía y muchos árboles roble sabana que seguían dejando caer sus flores, alrededor caminaban los pobladores del lugar. Las campanas de

la iglesia sonaban. Bandadas de pericos hacían fiesta en las cumbres de los árboles y se escuchaban las voces de los niños que estaban jugando en el parque.

Cuando Aya vio un duende

Daniel Eduardo Delgado Solano

Como suele ser común para muchas de nuestras abuelas, los encuentros con lo inexplicable, lo surreal o incluso lo mágico se han convertido en anécdotas. Estas historias, de ser solicitadas, pueden volverse parte del cantar de las aves durante la mañana de un domingo o adornar el paisaje que dibuja el vapor que sale huyendo de una taza de café y de unas cuatro tortillas envueltas en una servilleta. La gran fama de Escazú, la ciudad de las brujas, también contribuye a la idea de un pueblo cuyos habitantes están fuera de lo ordinario. Precisamente, este fue el caso de Aya, madre escazuceña de tres hijos, dos hijas y de 29 años en ese entonces, cuando estuvo en presencia de un duende.

¿Cuántas personas no han deseado poder observar uno? O, por otro lado, ¿cuántas personas temerían estar frente a alguna de estas criaturas? El caso es que,

hace ya varias décadas, Aya se encontraba en casa de su hermana, Mayita, cuando el evento ocurrió. Fue en uno de esos días, de los que todo parece ir normal, cuando durante la tarde pudieron ver al duende. Aya se dirigía a casa de su hermana, como era costumbre cuando necesitaba un cambio de aires, y probablemente también, cuando quería ponerse al día con su familia, ya que ella estaba casada en aquel tiempo.

El sol de mediodía anunció la hora de partida. Aya, para ese entonces, tenía el cabello negro, ya que este no se había teñido aún de luz de luna. Siempre utilizaba un moño sin prensas, sujetado por sí mismo. Su cabello no era tan largo, tan solo lo necesario para simular un rollo de canela. Aya era de una complexión pequeña, la cual no coincidía con su gran fuerza y valor. Asimismo, adornaba su vestimenta con un delantal, el cual



posiblemente había sufrido más de una mancha de café en casa suya o de Mayita. Con una vestimenta muy similar y luego de un corto viaje, Aya finalmente llegó a casa de su hermana. Cuando estuvo frente a la puerta, tocó, con sus nudillos, una puerta de madera un poco despintada, inestable y con algunas grietas. Aguardó un par de segundos hasta oír a su hermana diciéndole que se esperara un momento. Luego de haberla recibido, se sentaron las dos. Los adornos de la mesa se posaban sobre un mantel azul claro, el cual al caerse por los bordes de esta, simulaba una catarata. La casa de Mayita se encontraba bastante cerca de las casas a la par, tanto así que compartían una de las paredes. No era una casa tan pequeña como aparentaba su fachada, ya que tenía un par de cuartos considerablemente amplios, tomando en cuenta la estrechez que podía haber entre los pensamientos de ella y los de sus vecinos.

La luz del día que entraba por una de las ventanas en la sala indicaba que era pasado mediodía, pero todavía el cielo no llegaba al color del otoño lejano. La conversación fue típica, rutinaria,

sin nada especial. Hablaron de sus problemas, preocupaciones, del sabor del café, tal vez de algunas canciones, comentaron el clima, se contaron un chiste, no tocaron temas tristes, se preguntaron si llovería; sin embargo, lo que estaría por suceder contrastaría con lo anteriormente descrito.

Luego de haber estado conversando durante ya un buen rato y en el momento cuando ir a lavar los trastes se vuelve una excusa para levantarse y estirarse, Mayita decidió levantarse. De camino a la cocina, dejó los trastes del café sobre algún lugar y decidió entrar a su cuarto un momento. Ya en este, se sentó en el borde de la cama y observó los objetos que estaban sobre la cómoda, una cómoda blanca y pequeña, con un lindo espejo y con patas de relieve de espiral. Estos le llamaron la atención y como quien encantado por la música se dirige al origen de la misma, Mayita se levantó para acercarse.

Interrumpiendo el momentáneo trance, Aya entró también al cuarto en búsqueda de su hermana, quien había olvidado llevarse consigo la cuchara con la cual habían creado pequeños remolinos para

endulzar su café. Ya Mayita estaba cerca de la cómoda, cuando Aya preguntó:

—¿Ese pequeño hueco que se alcanza a ver detrás de la cómoda siempre ha estado ahí?

La respuesta de Mayita fue negativa, de hecho, no había tan siquiera entendido a qué se refería su hermana con un hueco detrás de la cómoda. Era cierto, había un pequeño hueco detrás de la cómoda lo suficientemente grande para ser notado. Mayita, por lo tanto, decidió alejarse un poco, ya que desde donde se encontraba, no podía verlo.

Al mirarlo comentó:

—No tenía ni idea de que había un hueco detrás de la cómoda.

Pudo haber sido la humedad, pensaron ellas, sumada a una pared poco ancha. Esta pared era la que daba al patio, por lo que había un espacio entre ella y la pared de afuera. Dentro del hueco, Aya pensó haber distinguido lo que parecía ser una media, por lo que dijo:

—Vea eso. Es una media caída, ¿no?

Mayita, inocentemente, también

pensó lo mismo, pero lo que parecía ser simplemente una de las tantas medias que huyen de sus parejas para esconderse en lugares inesperados, resultó ser el gorro de un hombrecillo. Al principio, como es natural, pensaron que estaban viendo mal, que sus ojos las traicionaban, pero ¿cómo podría haberles fallado la percepción a las dos en el mismo momento?, ¿por qué la media se movió para atrás?, ¿por qué estaría una media tomando impulso para correr?

Al principio pensaron que era un ratón, pero lo que estaban presenciando Aya y su hermana Mayita era un duende. Lo primero que lograron ver del duende fue el gorro, el que habían confundido por una media. Aunque, de haber sido una media que se moviera sola, no habría sido menos aterrador en cualquier caso. Luego, después de procesar lo que se encontraban observando, lo siguiente en captar su atención fueron los grandes zapatos del duende, tal vez muy grandes para el tamaño de esta criatura, pero por lo visto útiles para correr. Cuando reaccionaron y las palabras retornaron de un viaje de fantasía motivo de esta

aparición, ambas exclamaron al unísono:
—¡Un duende!

Las dos lo vieron correr y seguir el sendero de la cómoda hasta la cama de Mayita y luego hacia la cama de la par. En ese momento, no estaban seguras de qué podría haber pasado con la pequeña criatura, por lo que Mayita, armada de valor, decidió asomarse y ver dónde se había escondido. Sin embargo, a pesar de haber sido imposible que el duende saliera sin ser visto por alguna de las dos, al asomarse Mayita, el duende ya no estaba. Se había esfumado. No era posible, pero lo fue por un momento y este desapareció.

Atónita ante la situación, Aya exclamó:

—¡Ya no está! ¡Se fue! No está acá debajo de la cama.

—Pero por acá tampoco ha salido, ya lo habríamos visto alguna de las dos, le respondió su hermana.

A pesar de haber buscado durante unos cuantos minutos en su cuarto, no fueron capaces de encontrarlo. Buscaron en la sala, por si acaso el hombrecillo había salido en la rapidez de un pestaño, pero

no. No fueron capaces de encontrar rastro alguno del duende. A pesar de este evento, el resto del día transcurrió con normalidad. Ni el gorro puntiagudo que llevaba en su cabeza se confundió de nuevo con una media, ni los zapatos grandes dejaron manchas en el suelo, ni tan siquiera se oía nada inusual.

Pasaron las horas, los días, las semanas y los meses, todo transcurría con total normalidad. Ni Aya ni Mayita volvieron a saber nada del duende. Sin embargo, esto no significó el fin de la conexión de Aya con los duendes, a pesar de ahora ser bisabuela y tener cabello de luna. Ahora, Aya cree ser visitada de vez en cuando por alguno de estos misteriosos duendes. Y tal vez, tan solo tal vez, en uno de estos días calurosos donde se sale rápido a tender la ropa para que se seque, Aya pueda volver a confundir una media con una de estas magníficas criaturas.



Tertulia con chocolate caliente

Heidy Michelle Vargas León

A través de una ventana por la que se cuelan unos rayos de sol, se puede apreciar una mesa rectangular adornada con un mantel frutal, sobre ella, una gran taza de chocolate, arepas y pan.

En el borde de la mesa se encuentra ella, delgada, en medio de un chal de flores, risueña y con sus uñas carmesí. Me mira, me vuelve a sonreír, nunca me abraza, pero con sus historias y su entusiasmo a la hora de contarlas, siento su amor. Doña Chepita, mi abuelita, que aunque en primera impresión es seria, también le gusta reír.

Entre sus canas, sus arrugas y sus pequeños ojos tristes, se puede vislumbrar el montón de historias que tiene por contar.

Muchas veces, estando yo más pequeña, había escuchado sus historias, pero esta tarde pedí nuevamente escuchar las que guardaba con más celo.

En este momento, yo con mi taza de chocolate caliente y el lector que esté devorando estos relatos, nos vamos a trasladar a tres historias, una de tristeza, otra de terror y la última de amor.

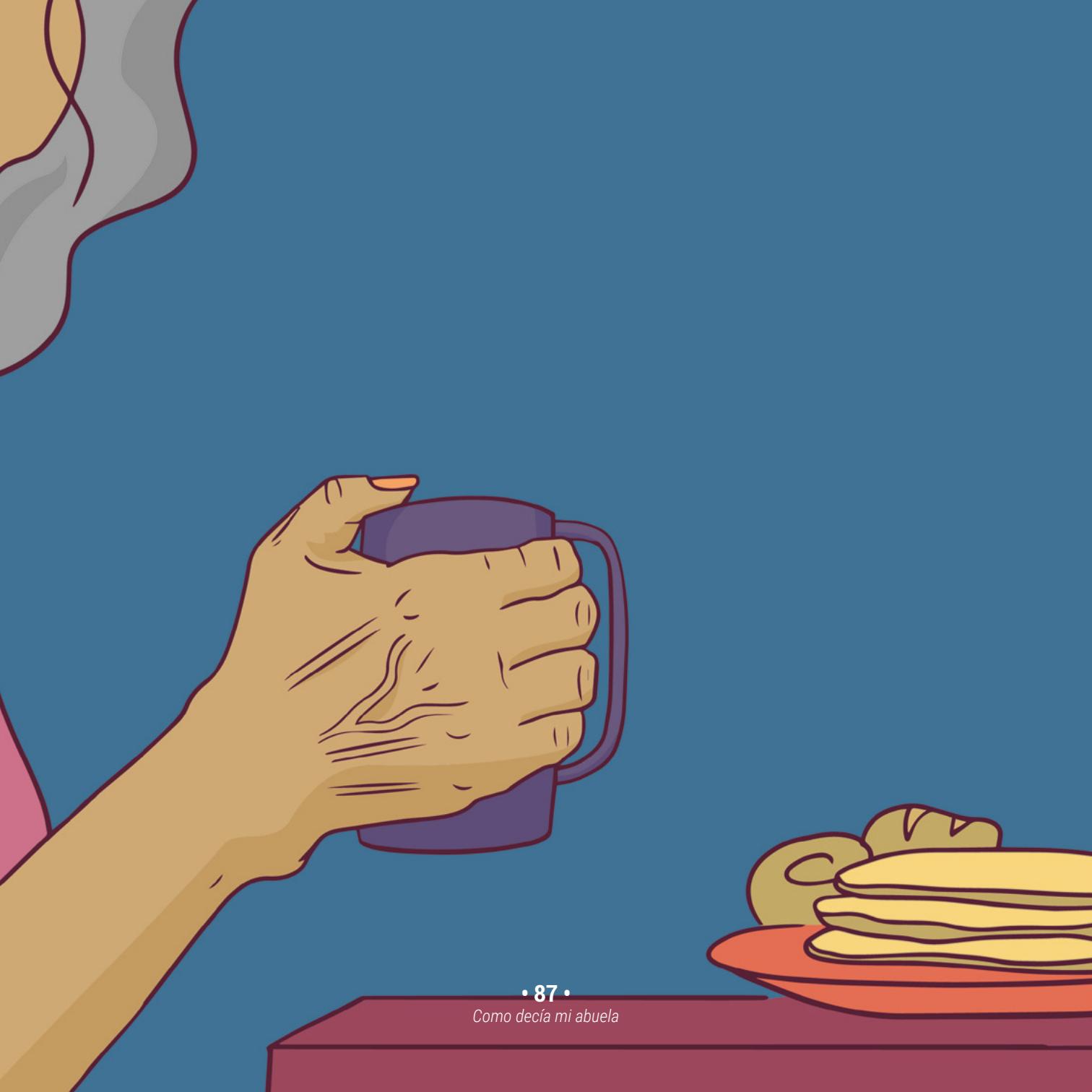
Nunca regresaron

Nos vamos a transportar a la orilla del mar, para escuchar la triste historia de dos hermanos.

Doña Rosa tenía dos hijos que siempre ayudaban a rescatar a todas las personas que se metían al mar creyendo ser temerarias, pero al final no podían con él.

Un día se metieron a buscar a unas personas que se habían ahogado y no aparecían sus cuerpos, fueron mar adentro, esperando con fe que su ayuda fuera valiosa, pero nunca se imaginaron que horas más tarde, los cuerpos que





iban a estar buscando eran los de ellos.

Pasaron días, meses y nunca volvieron a la orilla del mar.

Doña Rosa bajaba todos los días a las 2:00 a.m a la orilla del mar, a esperar que sus hijos volvieran.

Años después en una madrugada de enero, ella los vio salir del mar y juntos se fueron a nadar.

—Esta historia que te estoy contando no es de Escazú, fue en los años que me fui a vivir a Quepos, de ese lugar guardo tantas historias y personas que llevo en mi corazón—, exclama mi abuelita.

Los buitres en la ventana

Irene estaba súper enamorada y ansiosa de casarse con Rodrigo, ellos ya tenían su nidito de amor y se sentían muy felices. Días antes de casarse unas amigas de Irene le prepararon una tardecita de café y pan casero para hablar de la felicidad de la pareja y regalarle algunas cositas. En esa tarde de café se encontraba una amiga que, aunque Irene siempre había sentido que no era del todo leal con ella, tenía

en alta estima. Irene se sentó junto a su amiga y esta le dio una taza de café especial que le había preparado —¡Brujería! — exclamó exaltada mi abuelita.

Después de esa tarde de café, Irene se sintió mal toda la noche y ese mal le duró días. Después de la boda, todo empeoró, Irene comenzó a sentirse mal físicamente y su alegría se convirtió en tormento. Por las noches siempre escuchaba gritos en su techo y veía unos buitres asomarse a su ventana, ella pegaba gritos todas las noches y le pedía a Dios que ese tormento acabara, pero durante años tuvo la visita de buitres en la ventana.

Hasta que un día Irene decidió que ya no aguantaba más y se fue hasta la Basílica de la Virgen de los Ángeles con mucha devoción, pidiéndole a la Virgencita que le sanara ese dolor. Después de ese día, los buitres no regresaron más.

Abuelita me vuelve a ver y se ríe porque siempre se divierte al ver cómo con esas historias, pongo cara de susto y siempre le digo que no voy a poder dormir en la noche. Ella se levanta y me deja sola por unos momentos, cuando vuelve, trae algo en sus manos, un rosario, para

recordarme que nunca estamos solas, que siempre debemos tener fe en que Dios y la Virgencita nos cuidan.

El amor aún en medio de la enfermedad

Un 23 de marzo de 1963 nació una bebé pequeña, con un cabello negro super rizado que no se dejaba peinar hacia abajo, su nombre era María.

Cuando María tenía cuatro años comenzó a jugar en unas escaleras de su casa, sin saber que ese juego inocente le iba a causar en los años venideros mucho sufrimiento.

La caída de ese día no causó mucho revuelo, porque aunque el susto fue grande, no hubo sangre y ninguna herida grave. Un día, cuando María ya había cumplido los once años, tuvo un desmayo, pero después se dieron cuenta de que no fue un desmayo, sino una convulsión.

Así que sus padres, preocupados por esas convulsiones, decidieron llevarla a un doctor, ahí se dieron cuenta que ella tenía epilepsia, una enfermedad que

afectaba el sistema nervioso y le causaba convulsiones.

Para Doña Chepita, mi abuelita, fue muy duro tener que hacer viajes largos para llevar a su hija al doctor, tuvo que hacerlos con un embarazo avanzado, estando cansada y viendo cómo su hija siempre se sentía mal físicamente y muchas veces se encontraba muy triste.

Una madre nunca va a estar suficientemente preparada para ver un hijo sufrir, pero doña Chepita con sus oraciones en medio de lágrimas, siempre tuvo en su corazón algo que la hacía seguir luchando en medio de la tempestad: el amor, un amor tan gigante que aunque no logró sanar a María de su enfermedad, le dio fuerza para luchar.

María sanó a los años, se casó, tuvo tres hijas que crecieron entre las montañas de Escazú y una de ellas es la que hoy escribe esta historia.

Las lágrimas caen del rostro de abuelita, ella nunca teme demostrar sus emociones y lo que hay en su corazón.

El chocolate se comienza a terminar y los rayos de sol se empiezan a ocultar, pero

las palabras de estas historias se fueron a impregnar en hojas en blanco que un cuento lograron formar, para que esta tarde nunca sea olvidada y estas historias de tristeza, terror y amor sean contadas a alguien más.

Con una sonrisa en los labios y la mirada cómplice de las dos, sorbemos el último trago de chocolate caliente.





Municipalidad de Escalón